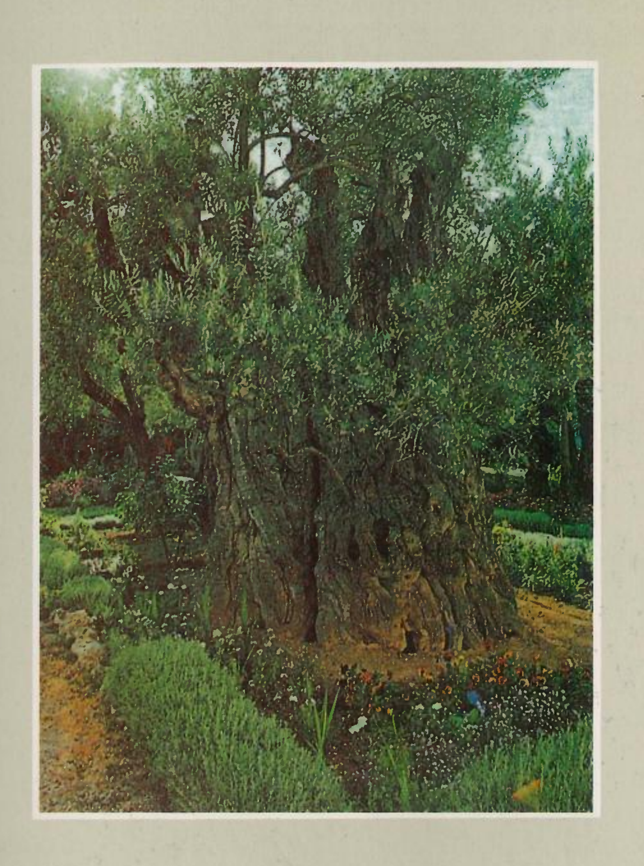
LA DIDAJÉ O DOCTRINA DE LOS DOCE APÓSTOLES



Máximo Torres Marcos

COLECCION TAU
SECCION GENERAL 37
AVILA

MÁXIMO TORRES MARCOS

LA DIDAJÉ O DOCTRINA DE LOS DOCE APÓSTOLES



AVILA 1991

Portada: Los olivos en Getsemaní

Edita:
© Francisco López Hernández
San Juan de la Cruz, 7-Teléfono (918) 22 IO O4.

I.S.B.N.: 84 87328-29-6
Depósito Legal: S. 949-1991

Imprenta «KADMOS», s.c.l.
C/ Río Ubierna, Naves 5-6
(Polígono «El Tormes»)
Teléfonos 21 98 13 y 23 O2 51
Salamanca, 1991.

INDICE

Preliminares

Porque todo es contingente, fugaz y efímero. También se nos esfuma este florido y hermoso mes de mayo consagrado a María.

Es día 31 de mayo. Hacemos memoria en la Liturgia de hoy, de la Visitación de la Santísima Virgen a su prima Santa Isabel. Suena el teléfono en el despacho de mi Notaria en el Arzobispado de Madrid Alcalá. Oigo y reconozco enseguida, a través del «micro» la voz de D. Máximo Torres, querido, admirado y admirable sacerdote, a quien visité no mucho tiempo ha, en su «retiro» -los clásicos del XVI dirían «retrete»- de Sotillo de las Palomas (Toledo).

Es, este escondido lugar, una aldea, donde D. Máximo dejó las primicias de su apostolado ya que, todo hay que decirlo, este lindo pueblo hoy de la Diócesis y Provincia de Toledo otrora lo fue de la querida Diócesis de San Segundo en la que yo también recibí la consagración sacerdotal de manos de un obispo. «Sanctus nomine et re», según frase, públicamente pronunciada en la Catedral abulense por el «Legado pontificio», con ocasión de la declaración de «Doctora de la Iglesia de la imagen Teresa de Jesús; y a la que serví durante ventidós años: los mejores de mi vida, los más fervorosos, los más cálidos, los más apostólicos, los de mayor entrega -pese a los muchos despistes personales a la causa de Dios y de su Iglesia.

Creo, no sé si por aquello de que «Todo tiempo pasado fue mejor»- que aquellos años fueron mejores para todos.

Teníamos más «apoyaturas» fijas y seguras que nos hicieron vivir nuestro sacerdocio sin titubeos, sin confusiones, sin tinieblas, sin las desorientaciones que uno sufre hoy.

D. Máximo ha sido siempre cura «edificante» reduplicative ut talis. Allí donde le destinaba el obispo derrumbaba, construía, edificaba locales, este para facilitar su tarea apostólica y servir mejor a sus feligreses; y D. Máximo vive edificantemente una vida cenobita y de asceta en ese lugar «apartado del mundanal ruido»; donde mora «¡ipse solus!» mejor dicho: no tan solo, porque tiene alojado, en lo alto de su casa, en habitación pobre, pero decorosa y digna, al que nuestra venerable Mari Díaz, -cabe cuyos venerables restos, tantas horas de oración personal y colectiva pasaron, durante los años de formación, en la capilla del vetusto Seminario Conciliar de Avila- Llamaría «Mi buen Vecino». Allí vive con él, Jesús, el Señor.

Me daba la impresión en medio de aquella soledad, que lo mismo que los bancos, grandes almacenes y comercios, contratan a un hombre alto y fornido D. Máximo, con gran astucia e inteligencia, se había llevado consigo, a vivir con él a ese guardián para preservarle de males físicos y espirituales. ¡Así cualquiera se arrima a la finca!

Ya estoy divagando demasiado, y todavía no he dicho que ese día, 31 de mayo, por teléfono, D. Máximo me soltó a «boca de cañón» la siguiente propuesta: Quiero que me prologues o prelimines uno de mis libros: Sobre la Didajé.

Ya escribió, parece ser, con paciencia, infinita y sostenida labor y con no menos celo apostólico unos libros más. En este

caso se trata de poner al alcance de la gente sencilla el conocimiento de la «Didajé».

Por asociación de ideas, inmediatamente me vino a la mente la frase de la Liturgia del día: «De dónde a mí que la Madre de Mi Señor venga a visitarme...» y, en el fondo de mi conciencia, surgió otra homóloga: ¿De dónde a mí que D. Máximo me proponga escribir unas letras en el «limen» de su lindo folletito «La Didajé»? El Prefacio se encomienda siempre a personas «preparadas». El prólogo suelen hacerlo personas cualificadas con categoría jerárquica, científica o literaria, como ya lo hicieron en los correspondientes prefacios de los anteriores libros por él escritos.

Le hablé yo a D. Máximo, en aquella visita que le hice este invierno pasado, en su retiro de Sotillo de las Palomas, de un trabajo que leí sobre la Didajé en la Universidad Pontificia «Comillas», cuando después de haber terminado la Licenciatura en C.D.C., en el examen de Doctorado el profesor me impuso un trabajo escrito sobre tan lindo como ignorado libro.

Y también le hablé del entusiasmo, veneración y respeto que yo sentía por ese precioso y sabroso documento de la Primitiva Iglesia y... ni corto ni perezoso, me llama días después para darme este encargo. Yo no supe reaccionar de momento y acepté hacerlo con osadía o imprudencia.

Te ofrezco, querido Máximo, sólo mi deseo de complacerte, mi voluntad de no contrariarte, ni disgustarte. No creo que aquel emparrado de tu finca sotillana te haya dado nunca sandías, ni los laureles que hay a la puerta de tu casa, te den melocotones. El olmo, que yo sepa, nunca ha dado peras. En

mi caso acontece lo mismo, pero te diré con San Pedro: «Ouod autem habeo hoc tibi do», cuando no pudiendo dar ni oro ni plata al mendigo que se le acerca le aplica el poder de hacer milagros. Yo lo único que tengo en este momento es voluntad, repito, de agradarte. «Argentum et aureum non est mihi». No tengo ni el oro de la preparación científica teológica, filosófica ni la plata de un escritor y literato.

Entiendo, Máximo, cuáles han sido las motivaciones que te indujeron a escribir el libro «La Didajé». Las mismas que tuviste al escribir los anteriores que ya editastes. Todos ellos llenos de sana y ortodoxa doctrina católica; libros de pasajes no ya contrarios a la fe, ni siquiera susceptibles de presuntas ambigüedades teológicas, como se colije por el hecho de tener todos el Nihil Obstat de la autoridad eclesiástica.

Ha sido tu celo apostólico, tu afán de seguir enseñando «modo sencillo» a las sencillas gentes, lo que durante tantos años de palabra, les dijiste. «Ex abundantia cordis os loquitur».

Ha sido tu afán de iluminar las inteligencias, sin complicaciones de alta teología, exponiendo en sencillos catecismos la doctrina de la Iglesia y el mensaje cristiano. Entiendo que al verte jubilado te entretienes lúdicamente con tus libros y alegremente juegas el último recreo de la vida, con la misma alegría y júbilo que lo hacías en la plaza de tu pueblo en la niñez, con los amigos de la escuela, jugando «a la gallina ciega». Tú estás disfrutando. Yá no tienes feligreses y quieres seguir hablando y proclamando la Palabra.

Tenéis esta ventaja los escritores. En los demás al morir, se apagó la voz, al extinguirse la vida. El espíritu ya cesó de comunicarse con los mortales. El «eco» dejó de resonar al desapara-

cer el instrumento. Pero el que escribe consigue que su «voz» siga oyéndose indefinidamente, mientras las caducas circunstancias temporales no hagan desaparecer los caracteres de la imprenta. La voz se la lleva el viento. «Lo escrito escrito está».

Entiendo que eres plenamente consciente de los momentos en que vivimos. Tal vez no distintos y aun peores, de los del siglo XVI, cuando en Madrid, cuatro siglos ha en 26 de noviembre de 1573 Bartolomé de Isla escribía animando, estimulando y aprobando la impresión de la obra del Padre Maestro Avila: «De los malos lenguajes del mundo, carne y demonio de».

El decía: «Aunque en todo tiempo se ha de desear con mucha razón la buena doctrina de los libros, *mucho más en éste*, en que vemos cuánto el demonio se esfuerza en sembrar por sus ministros, por las vías posibles, la suya endemoniada hasta en los libros de romances, con que el pueblo cristiano se ayuda para aprovecharse de la virtud».

Indudablemente; si en este tiempo se han de escribir libros sencillos y asequibles en su redacción literaria y estilista y teológicamente digeribles cual lo es la «papilla» para el infante, o la leche materna para el «neonato», mucho más se han de escribir en este tiempo de oscuridades y tinieblas, en que tan abundosa es la literatura que confunde y desorienta y pierde los espíritus. En estos tiempos en los que los medios de comunicación social: «ministros y vías posibles de Satán» no sólo no instruyen al pueblo sencillo, sino que le sirven en bandeja de plata, tentando de rondón, con claro allanamiento de morada, en su propia casa, sin pedir permiso, abundante alimento permicioso, nocivo e indigesto. Aquí está, si se busca, la etio-

logía y explicación de tanta indiferencia religiosa, de tanta increencia que surge por doquier. De la que, incluso, muchos se afanan con indecible fanfarronería y arrogancia, dando lugar a una patología del espíritu, que por ser contagiosa, se extiende como mancha de alquitrán, por la superficie clara de las almas limpias, en peligro de convertirse en pandemia miserable entre gentes sencillas y buenas.

Por todo ello, a mi juicio –sin duda de poco valor– hace bien el autor escribiendo estos libros. Hace bien, ya en concreto, en poner al alcance de las inteligencias sencillas la «Didajé» tan desconocida e «ignota» para tantos.

Cuando yo la estudié y me acerqué a ella, quedé prendado de este venerable monumento de la primera literatura cristiana, presentado en la pristina pureza de sus textos originales, pertenecientes a la colección de escritores de la primitiva Iglesia que se conocen con el nombre de «Padres Apostólicos» porque o trataron o, se supuso, en un tiempo, habrían tratado, en vida, a los apóstoles.

Es un librito que nos pone en contacto vivo con aquel cristianismo lozano y caliente, con calor de brasa que calienta y alumbra a la vez, que vivió aquellas sencillas verdades y practicó una sincera piedad, en la que se templaron y a fuego probaron su fe y santidad, en grado heroico tantos y tantos anónimos primeros cristianos.

Su autor es un hombre que escribe en un tono sorprendente, porque afirma las cosas que dice sin ambages, ni rodeos, ni reservas, vacilaciones o temores. Ordena y manda con autoridad.

Nadie ni un Apóstol o profeta pudo haber suprimido, o añadido una tilde de lo que en ella, la «Didajé» se enseña. Fue, sin duda, uno de aquellos apóstoles fundadores de una Iglesia, a la que dejaba «en comprimido» la síntesis de su predicación, antes de separarse de ella, llevado por el Espíritu, camino de otras, tierras y otros pueblos y otras gentes, a los que, también, indudablemente tenía que evangelizar, o de lo contrario, hasta, físicamente hablando le haría enfermar. Llevaría en lo más hondo de su alma clavado como un aguijón el: «Hay de mí sino evangelizare» de San Pablo.

De la «Didajé» podemos afirmar sin temor a equivocarnos que, después de los libros divinamente inspirados: Evangelios, Hechos, Cartas de los Apóstoles, no hay otro conjunto de obras que nos den una noticia tan vital, tan cálida, tan íntima de la vida de la Iglesia. De aquélla Iglesia que yo llamaría la Iglesia «NIÑA», en el momento de «echar a andar» sola y por su propio pie (sin el venir detrás para que no cayese y lastimase al recorrer el largo camino de los siglos). Nada como esta serie de menudos escritos, entre los que se encuentra la anónima «Didajé» de escasa apariencia interna (Librito), anillo inmediato, o eslabón contactante con la edad apostólica.

La «Didajé» -como dirá más adelante el propio autor de este libro que presento- al igual que los demás de la colección de Padres apostólicos, carece de literatura, pero también de ficción, y en ella hay una total serenidad y exposición de plenitud de vida de aquella comunidad primitiva.

La «Didajé» no mira al mundo circundante, pagano, indiferente, cuando no hostil; y por ello se ve en ella un aire, un tono de intimidad y en un sentido apostólico como sucederá

después, poco después, en la época de los apologistas. Al leerla, parece que asistimos a uno de aquellos ágapes y reuniones fraternales, litúrgicas, en las catacumbas y allí oír la llamada y la voz del obispo de Roma Clemente; o la de Ignacio de Antioquía, o la de Policarpo.

La «Didajé» no trata de *demostrar* la «verdad» dialécticamente, sino solamente... *«mostrarla»*. Por ello, la verdad y la vida aparecen aquí ellas mismas con su faz bella y joven, sin mancha ni arrugas, serena y alegre, propia de los explendorosos días aurorales del cristianismo.

Para verla y entenderla, a la «Didajé», hay que verla y entenderla, como hemos de ver y entender el Evangelio: con ojos sanos, con corazón limpio, única condición para ver a Dios cuya es la vida de la iglesia.

En la «Didajé» no aparece la lucha fragorosa de los siglos posteriores, ni necesaria, ni imprescindible para defender a la Iglesia de los múltiples errores dogmáticos y de los falsos profetas y maestros, que, por doquier, luego van apareciendo. ¿Por qué? Sencillamente porque desde la «Didajé» al «Pastor» de Hermas, la Iglesia permanece, –como alguien dijo con autoridad–, «como una virgen limpia e incorrupta, pues aún estaban ocultas, entre tinieblas, como fieras en sus madrigueras, si alguno había, los que habrían de intentar corromper la sana regla de la predicación saludable». Así lo afirmó, en un bello párrafo, el historiador Higesipo.

No se puede afirmar sin más que, en el primer siglo no le doliera nada a la Iglesia; que hubiera ausencia total de patología alguna en su cuerpo virginal. No. Les duele por ejemplo, a

San Clemente Romano, cuarto Papa de la Iglesia y a San Ignacio de Antioquía, las escisiones y divisiones de la comunidad de Corinto, y el docetismo judaizante y asientan con fuerza el principio de la constitución jerárquica de la Iglesia, defienden con tenacidad el «carisma» de la Iglesia, que es la «jerarquía» y se esboza ya toda teología del «Verbo Encarnado».

La «Primitiva» Iglesia, nombre que lleva hasta finales del siglo Tercero, una vez asentada la Paz Constantiniana, cuando el Emperador Constantino dejó en libertad a los habitantes del Imperio para que cada cual siguiera la religión.

No llegó a más disposición, dando al cristianismo equiparación y situación de igualdad frente a las demás religiones, y antes de que otro Emperador, Teodosio el Grande hiciera de la religión cristiana la oficial y exclusiva del Estado, dejando de perseguirla, y aceptándola, defendiéndola y privilegiándola.

La «Primitiva Iglesia», repito, tenía como característica, el empuje fundacional de Cristo. Transmitido por los apóstoles. Desarrolló su vida en un ambiente hostil y fue objeto de persecuciones sino continuamente, sí intermitentes, sangrientas, atroces, despiadadas.

Es la Iglesia que fue dada a conocer por los Emperadores de forma y manera indirecta Nerón con sus terribles persecuciones y martirios. Es la Iglesia que miraba más para adentro que para afuera. Pero que jurídicamente, va evolucionando lentamente, aunque en la mayor parte de los casos se trata de los elementos fundamentales, que ha recibido de su Fundador por Derecho Divino.

Se van organizando y evolucionando las Iglesias locales que tienen el estilo, la impronta y el talante de su Fundador.

Va surgiendo el Episcopado o jerarquía Eclesiástica, ya casi como la tenemos hoy, con carácter monárquico hasta el punto de que en el siglo III se habla ya con cierta normalidad de relaciones de unos obispos con otros y todos con el Papa.

Por ello los escritos de los «Padres Apostólicos», también la Didajé, aunque son ajenos a la controversia, soterran en sus páginas humildes una gran doctrina teológica, que abarca el campo de la liturgia, la piedad, el dogma, los sacramentos, la jerarquía.

Si queremos hallar una fuente de piedad y espiritualidad cristiana inmediata, tangente a la pura corriente evangélica y apostólica, debemos acudir a estos escritos.

Así, en la «Didajé», -por citar un ejemplo- hallaremos un cristianismo sencillo y, al mismo tiempo fuerte, nutrido de Eucaristía y de Evangelio, que manda al cristiano rezar tres veces al día la oración del «Padre Nuestro».

No deberíamos gustar otro cristianismo que el de los tiempos apostólicos que colegimos a través de estos escritos como la «Didajé».

Y al afirmar esto, no pretendemos contraponer «Iglesia Primitiva» a «Iglesia actual» suponiendo una escisión que no se dio jamás en esa continuidad hostil de la Iglesia, que es en sí misma un verdadero milagro, y la prueba más palmaria de su divinidad de la asistencia que le presta su Divino Fundador: «Yo estaré con vosotros hasta la consumación de los siglos».

Pero sí es conveniente y hasta necesario tomar contacto con aquel lozano cristianismo, que como lapa al acantilado de la costa, se adhirió, fuertemente, a las más sencillas verdades y practicó la más humilde piedad como la que se contienen en

ese vetusto y sencillo catecismo que es la «Didajé». Con la verdad y la piedad que, en esa límpida fuente bebieron, se fortalecieron aquellos nuestros hermanos para la conquista del mundo por su santidad eximia y su sangre martirial.

Sin duda alguna, la «Doctrina de los Doce Apóstoles», o «Didajé», es el más antiguo escrito cristiano no canónico, anterior, inclusive, a algunos libros del N. Testamento.

Este brevísimo «librillo», que puede leerse en pocos minutos fue grandemente venerado en los comienzos de la Iglesia, ejerciendo una gran influencia en toda la literatura cristiana de los primeros siglos, de tal manera que no hay obra de entonces que no aluda explícita o implícitamente a ella.

Bihlmeyer la llama «Perla preciosa de la primitiva literatura cristiana».

La «Didajé» fue uno de los libros que anduvieron largo tiempo rondando el *«canon»*, admitido como inspirado por unos y rechazado por otros, hasta que, definitivamente se le dejó fuera de aquellos autores «cuyos escritos divinamente inspirados, han constituido para nosotros, como una fortaleza de nuestra salud, el canon de salubérrima autoridad», en frase del gran San Agustín.

El autor de la «Epístola Bernabé» refundió para su obra parte de la «Didajé».

Hermas que como profeta y apocalíptico no debería echar mano a libro humano, toma de la «Didajé» su mandamiento sobre la limosna.

San Clemente y orígenes las tuvieron en alta estima y la citan como Escritura.

El Tratado de «Virginitate», atribuido a San Atanasio, toma de la «Didajé» la forma de la bendición del pan ordinario.

San Atanasio, en el año 367 no considera a la «Didajé» como escrito canónico, pero sí como «muy útil para los que quieran iniciarse en la piedad cristiana».

El «Sintagma», atribuido a San Atanasio, sobre «Doctrina ad mónacos» utiliza la primera parte de la «Didajé». Para no ser prolijo y fatigoso quiero, finalmente, decir que la Didajé fue absorbida por muchas obras posteriores de los siglos venideros, que iban tomando cosas suyas hasta terminar la Didajé por perder su originalidad y desaparecer por completo, hasta su valioso hallazgo en los novísimos tiempos.

Quiero terminar. Tengo el temor –como se dice en frase vulgar– de haber comido el terreno al autor. No es esa mi pretensión. En último término habré abundado en el tema. Y eso no es malo.

Perdone el autor, y en él todos los hipotéticos lectores, que escriba esta presentación tan a «vuela pluma». Pocas veces tan bien aplicada la frase. Mis ocupaciones -desde muy temprano en el arzobispado, por la mañana, y en el Hospital de Santa Cristina, de Madrid, donde soy capellán, por la tarde- me dejan poco, escaso tiempo para menesteres como éste que me ocupa.

Pido al Señor que este librito de D. Máximo sirva para que los fieles conozcan y a él se acerquen a este venerable documento, hontanar y venero -no me importa ser reiterativo- de aguas limpias y cristalinas. Hoy sobra literatura salpicada de fango que mancha. Inclusive de autores, sedientos cristianos y católicos.

Hoy también hay que ser cautos ante tanto falso profeta y tanto falso maestro, ante tanto escritor que, con ufanía se autoproclaman teólogos y se llaman «católicos a pesar del Papa», que de todo -paradoja de la vida- hay en la viña del Señor. ¡Teólogos! y de lo que menos hablan es de Dios. ¡Católicos a pesar del Papa! ¿Cómo se digiere esto?

Que la lectura de este libro sirva para beber la pura y limpia doctrina evangélica. Ella está exenta de virus, bacterias y vietrittsias que conducen primero a la enfermedad, a la debilidad y amnesia espiritual después, para terminar en la muerte de la fe y, consecuentemente con la esperanza. Sólo se cree lo que se espera y sólo se espera lo que se cree.

Quisiera Dios que, con este librito, el Autor haya servido a la común edificación cristiana, tomando como ejemplo y guía el comportamiento de aquella envidiable primitiva Iglesia. Con su lectura sirva de profilasis, protección y defensa de tanto «vector» o ajente causal, de tanto «piojo, pulga o garrapata» que llevan un tifus que destruye no sólo la vida del cuerpo sino también la del alma, que estando destinada o como «catalpucada» hacia Dios para vivir internamente feliz con Él, la lleva y conduce a una eternidad sin Dios y, por ende, desgraciada.

Madrid, 2 de junio 1991. «Es Domingo, la presencia de Cristo llena la casa: La Iglesia, misterio y fiesta por Él y en Él convocada».

Facundo Vicente Sevillano Descalzo.

Los Olivos en el Huerto de Getsemaní

1 En la portada tenemos uno de los ocho olivos de Getsemaní multiseculares, milenarios, cuyo perímetro alcanza cinco o seis metros. Olivos viejísimos, antiquísimos como demuestran sus troncos retorcidos, leñosos, añosos.

2 No se puede asegurar con firmeza sean de la época de Jesús y de la época de los autores de la Didajé; pero tampoco se puede afirmar que sean posteriores y no varios siglos anteriores.

3 Los troncos actuales, insospechadamente viejos, están cargados de hoja fresca y buena aceituna, pero están cargados también de milenios.

4 Getsemaní es uno de los lugares donde la tierra se mantiene caliente de la presencia de Jesús. Es uno de los lugares más impresionantes y elocuentes de Tierra Santa. Se halla al oriente de Jerusalén, al otro lado del torrente Cedrón. Se halla en las faldas del monte de los olivos. Aquí solía venir Jesús para orar, meditar, pasar las noches bajo las ramas de estos corpulentos y viejísimos árboles.

5 Este huerto, o este jardín, contiguo al Cedrón, nos dice San Juan, era el lugar preferido de Jesús; *«Se fue, como solía, al Monte de los olivos»*. Lc 22,39.

6 Estos olivos milenarios oyeron a Jesús y le vieron sudar sangre en su angustia y agonía. Estos olivos vieron entrar a Judas saltando las tapias con toda su gente armada, y vieron cómo Pedro se dispone a morir matando cuando ve poner las manos de mala manera en Jesús. Estos olivos vieron cómo cae por tierra toda aquella gente armada ante las palabras de Jesús.

7 Estos olivos vieron cómo Jesús cura instantáneamente a Malco. Estos olivos vieron cómo los discípulos de Jesús le

abandonaron y dejaron solo, si bien algunos le han seguido de lejos.

8 Si estos olivos pudieran hablar... si estos olivos pudieran contarlo... nosotros no hemos podido averiguar quién o quiénes fueron los autores de la Didajé; pero estos olivos deben saberlo y conocerlo o conocerlos.

9 Y deben saberlo porque el autor es paisano de estos olivos, es de aquella tierra, es de aquel ambiente y de aquel tiempo. No sería aventurado decir que los olivos y el autor de la Didajé vieron y oyeron repetidas veces a Jesús en el Huerto. A Jesús le seguía no solamente su plana mayor, los Apóstoles, sino también otros muchos discípulos, no pertenecientes al Colegio Apostólico.

10 Pero probablemente nos vayamos a quedar sin saber quién sea el autor de este precioso escrito; y no lo vamos a saber porque el autor murió hace ya muchos años, y los olivos, aunque vieron a Jesús y conocieron al autor y duren hasta hoy en plena lozanía, no saben hablar y no nos lo van a decir.

Padres de la Iglesia

1 Efectivamente, Padre de la Iglesia solamente es Dios N. Señor. Padre de la Iglesia es solamente Jesucristo, que es su Fundador, que es la piedra angular. Padre de la Iglesia es solamente Jesucristo, exclusivamente Jesucristo que la ha fundado, el Espíritu Santo que la ha santificado y santificará indefinidamente y Dios N. Señor que la glorificará eternamente un día, ya no lejano, en el cielo.

2 No obstante, es Jesús mismo quien llama a Pedro piedra angular. A los Apóstoles la Iglesia los llama columnas de la Iglesia.

3 La misma Iglesia da el nombre de Padres de la Iglesia a esos hombres eminentes en ciencia y santidad y al mismo tiempo en antigüedad.

4 La denominación de Padres de la Iglesia se identifica, en parte, con la de doctores de la Iglesia, quienes, si no poseen todos el carácter de antigüedad, tienen estas otras notas: la eminente erudición, sin excluir la santidad de vida, y la expresa declaración de la Iglesia.

5 Padres de la Iglesia, pues, son aquellos hombres que reúnen, o en quien se dan estas cualidades:

1 Santidad de vida reconocida por la Iglesia.
2 Ciencia eminente, extraordinaria, en fiel comunión con la Iglesia.
3 Que vivieron en aquellos primeros siglos de la Iglesia.
4 Aprobación de la Iglesia, no necesariamente expresa, sino recognoscible en base de declaraciones y publicaciones eclesiásticas.

6 Los cuatro grandes padres de la Iglesia de occidente son *Sn. Ambrosio, Obispo de Milán,* 379, representante genuino del espíritu cristiano, amigo de los pobres e inflexible con los poderosos.

Sn. Jerónimo, que murió en el año 420.
Sn.Agustín, que murió en el año 430.
Sn. Gregorio Magno, 604.

7 Estos son los cuatro grandes ríos del Paraíso. o los cuatro grandes, eminentes y egregios Padres de la Iglesia de Occidente, después de Jesucristo. Después de Jesucristo, después de los apóstoles y Evangelistas, y después, también, de los mismos Padres Apostólicos, de los que hablaremos enseguida.

8 La Iglesia universal reconoce otros cuatro hombres eminentes, extraordinarios, egregios en la Iglesia Oriental.

9 *San Atanasio,* identificado con la causa católica; cinco veces desterrado por su fe. Murió en el año 373.

San Basilio el grande, 379, de alma grande y generosa que supo enfrentarse con los príncipes en defensa de la ortodoxia.

San Juan Crisóstomo, 407. Obispo de Constantinopla.

San Gregorio Nacionemo, 390, Monje y Obispo; espejo de humildad y virtud cristiana.

10 San Gregorio Niseno, hermano de Sn. Basilio, 395. Sn Cirilo de Alejandría, 444.

Sn Isidoro de Sevilla. Sus hermanos Leandro y Fulgencio en el siglo VII. Sn Cirilo de Jerusalén. Sn Cirilo de Alejandría. Sn. Alberto Magno. Tomás de Aquino. Sn Alfonso María de Ligorio. Sn Juan de la Cruz ya en el siglo XVI.

11 Estos once últimos son lumbreras en ciencia y santidad; pero al no pertenecer a los primeros siglos de la Iglesia les llamamos Doctores de la Iglesia para distinguirlos de los padres de la Iglesia.

12 La Patrología y Patrística convenimos en identificarlas y usaremos, como se está usando, de uno y otro nombre indistintamente.

13 La Patrología es una ciencia Teológica y como su mismo nombre indica es el estudio de Dios hecho por los que llamamos santos Padres de la Iglesia.

14 La Patrología no puede confundirse con la Historia de los Dogmas, ni con la Historia de la Liturgia o de los Concilios, aunque tiene vínculos estrechísimos con estas ciencias.

15 Pero de todos los santos Padres de Oriente y Occidente, de todos los Doctores de la Iglesia y de los mismos Apóstoles inmediatos de Jesucristo y también de los Evangelistas se distingue otro grupo de hombres, no muy numeroso y preciso por cierto, pero sí eminentes en ciencia y santidad y en celo y sacrificio por la Iglesia: *Son los llamados Padres Apostólicos.*

Los Padres Apostólicos

1 El nombre de Padres Apostólicos está reservado en la Iglesia para aquellos hombres insignes, eminentes en ciencia y santidad y eminentes en su amor, celo y sacrificio por la Iglesia y que aun cuando no pertenecieron al Colegio Apostólico, convivieron con los Apóstoles o pertenecieron a su tiempo.

2 Posiblemente, probablemente, casi con seguridad que la Didajé fue escrita por alguno de estos Padres Apostólicos, aunque no se ha podido precisar por cuál de ellos.

3 El nombre de Padre es de origen puramente eclesiástico y significa y es una expresión de amor, respeto y veneración de las comunidades cristianas a sus Obispos, Pastores y Doctores.

4 Los primitivos cristianos tenían la persuasión de que su catequista era el creador de su personalidad espiritual y por lo mismo, con pleno derecho, podría denominarse su *«padre»*, puesto que él era su hijo.

5 Así la expresión: *«Hijos de los profetas III Reyes 20, 35 1ª de Pedro 5, 13.* San Pablo escribe así a los Corintios: *"No os escribo esto para confundiros, sino para amonestaros, como a hijos míos carísimos. Porque aunque tengáis diez mil pedagogos en Cristo, pero no muchos padres, que quien os engendró en Cristo por el Evangelio fui yo"»* 1ª Cor. 4, 14 y ss. *«Qui enim ab aliquo edoctus est verbo filius docentis dicitur el ille ejus pater»*

6 *Uno de los padres apostólicos es Bernabé Apóstol,* aunque no perteneciente al Colegio Apostólico, compañero de Sn. Pablo en sus correrías apostólicas.

7 *Clemente, el gran Obispo de Roma,* Tercer sucesor de Sn Pedro y que trató, según testimonio de Sn Ireneo, con los

Apóstoles Pedro y Pablo. A Clemente le precedieron en la sede episcopal romana Pedro, Lino y Cleto.

8 *Hermas, a quien se hace discípulo de Sn. Pablo,* por identificarle con el Hermas de Sn Pablo a los Rom. 16, 14.

9 *Ignacio, Obispo de Antioquía y mártir en Roma,* que pudo conocer, pero no consta los conociera a los Apóstoles.

10 *Policarpo, a quien Sn Yreneo, buen testigo en este caso,* pone en relación estrecha con Sn Juan Evangelista. Policarpo Obispo de Esmirna, más tarde moriría mártir, era llamado con desprecio por paganos y judíos el doctor de Asia y padre de los cristianos.

11 Otros ponen también entre los Padres Apostólicos a Papias, Obispo de Hierápolis, a quien Sn Jerónimo traduciendo a Sn Ireneo, califica de oyente discípulo de Juan Evangelista.

12 Finalmente, la Didagé (Didaché), descubierta en época reciente (1873), entró a formar parte, con pleno derecho, en la colección de Padres Apostólicos.

13 A los escritos de Sn Clemente Romano, de Ignacio de Antioquía, de Sn Policarpo, con el mismo Martirio de Policarpo, al que se califica por su verdad y sobria emoción una joya de la literatura hagiográfica primitiva, a todos estos documentos hemos de sumar la Didajé.

14 Alguien, con voz atorizada, dijo: *«No gustemos otro cristianismo que el de los tiempos apostólicos, ni permitamos que enerven nuestra vida religiosa, ni extravíen nuestra buena voluntad, ni debiliten nuestra energía aquellos que nos proponen cosa muy diferente».*

15 En ese cristianismo de los tiempos apostólicos, como es el de estos Padres primitivos, que inmediatamente lo continúan, ahí es donde hemos de hallar –¡y cómo pudiera ser de otra manera en quienes vieron y oyeron a Pablo y Juan!– que el Señor Jesús lo llena todo, que de Él viene la luz nueva.

16 Del Señor Jesús no sólo viene la luz nueva. Del Señor Jesús viene la luz nueva, la fuerza nueva, la vida nueva y el rigor nuevo, concentrado ahora en un grupo de almas de Antioquía, Roma, Alejandría o Hiarápolis en puntos mil del Imperio Romano, pero que se irán extendiendo por toda la tierra como un nuevo amanecer, gracias sean dadas al Rabí de Nazaret.

17 Algo y mucho tienen que decir al cristiano del siglo XX estos humildes escritos de las postrimerías del siglo primero y comienzos del siglo II de la Iglesia. Y lo primero que nos dicen es que estamos extravertidos. Que cultivemos nuestra vida interior.

Retorno a los Santos Padres y Padres Apostólicos

1 ¿A quién no asombra y maravilla que hace ya casi dos mil años un grupo de hombres incultos, sin luces, sin ciencia, sin medios emprenda la empresa de conquistar el mundo para Dios?

2 La Iglesia apostólica, rechazada por la Sinagoga y perseguida por el Imperio Romano, la Iglesia desarrolla una vida interior intensa.

3 La religión de la Iglesia de los tiempos de los Padres Apostólicos es la religión auténticamente cristiana. Aquellos cristianos tenían fe cristiana, fe auténtica.

4 Aquella religión es la religión del Evangelio Salvador y de la salvación eterna. Aquella religión es la religión del amor, del sacrificio, de la asistencia. La religión del espíritu y la fuerza. Es la religión de la seriedad moral y de la santidad. Aquellos cristianos tomaron en serio a Jesús y su mensaje.

5 En aquella primitiva Iglesia apostólica y del tiempo de los Padres apostólicos abundó la persecución, la cárcel, el martirio y, no obstante, puede decirse, que a pesar de las persecuciones, cárceles y martirio, fue su edad de oro.

6 *«El recuerdo del Maestro hacía latir todos los corazones con santo entusiasmo; las palabras del Rabí de Nazaret estaban en todos los labios; su imagen, ante todos los ojos. No hay que decir que le habían visto, oído y tocado, sino que le veían, le oían y le sentían presente todavía».* Le Camus o.c. p. 39.

7 Lo que fue el cristianismo primitivo, el practicado por Jesús, por Pedro, Juan, Pablo y todo el Colegio apostólico y Testigos de la Palabra, fue igualmente el de sus inmediatos sucesores, Clemente, Ignacio, Policarpo, la Didagé, y

lo sigue siendo el verdadero y auténtico cristianismo de nuestros días.

8 Sería un pecado no sólo de herejía, sino también un pecado contra la historia, contraponer la Iglesia naciente o cristianismo primitivo a la Iglesia católica y catolicismo.

9 Los Padres Apostólicos enlazan directamente con los Apóstoles. Los Apóstoles enlazan con Jesús, el Rabí de Nazaret. Jesús enlaza directa e inmediatamente, sin más eslabones, con el Padre.

10 En nombre de nuestra fe y en nombre de la crítica histórica, con textos irrebatibles y vivos, podemos rechazar con toda seguridad cuanto la crítica racionalista ha fantaseado sobre el abismo abierto entre los Apóstoles y Jesús, como entre el cristianismo primitivo y el desenvolvimiento católico.

11 Debemos tener presente, no podemos olvidar, que no pasan en vano veinte siglos de desenvolvimiento de la vida de la Iglesia, y hoy la piedad cristiana se nos presenta como un árbol frondoso, de complicado ramaje y densa fronda con el riesgo de que las almas no sepan ya dónde está el tronco que lo sostienen todo y por dónde corren las raíces nutricias que le dan vigor y fortaleza.

12 Corre el peligro de que entre tantos medios de salvación como ahora tenemos y de tantos pequeños salvadores nos hagan olvidar al solo Salvador Jesús.

13 Es necesario y urgente llevar a los cristianos al estudio y profundo conocimiento de nuestros orígenes religiosos. Es conveniente y necesario arrancar a los cristianos de las pequeñas devociones que los entretienen y de la ignorancia que los invade, para ejercitarles principalmente en la imitación de las virtudes fuertes, sólidas, varoniles, que fueron honor y gloria imperecedera de la Iglesia Apostólica naciente.

14 La Iglesia, si quiere recobrar su frescor y su vigor, debe retornar a sus orígenes. Y no es que la Iglesia se haya desconectado de sus orígenes cristianos y apostólicos. ¡Cómo podría hacerlo! Ni lo ha hecho, ni lo hace actualmente, ni lo hará en el futuro.

15 Pero la Iglesia debe volverse de lleno a las fuentes de la Revelación Divina. Más conocimiento teórico y práctico tanto del Antiguo como del Nuevo Testamento.

16 Más conocimiento y más imitación en la vida práctica de los Padres Apostólicos y de los santos Padres tanto de Oriente como de Occidente. ¡Qué inmensas riquezas, qué trascendentes valores se encuentran empolvados en las obras de los santos Padres!

La Didajé y el canon de Libros Sagrados

1 La Didaché o Didajé es, a lo que parece, el más antiguo escrito cristiano, no canónico, no perteneciente al canon de los Libros Sagrados, anterior incluso a algunos libros del N. Testamento.

2 Se le conoce con los nombres de Didaché en griego, pero nosotros pronunciamos Didajé. Se le llama doctrina de los doce apóstoles, o Padres Apostólicos u Obra de los Padres Apostólicos, o Doctrina del Señor dada a las naciones por medio de los Apóstoles.

3 Perdida, ignorada, olvidada, escondida esta obra durante siglos y siglos, fue descubierta en época reciente (1873) y entró a formar parte con pleno derecho en la colección de Padres Apostólicos, en unión de las obras de Clemente Romano, Ignacio de Antioquía y Policarpo de Esmirna.

4 No podemos afirmar que todos los llamados Padres Apostólicos conocieran y trataran en vida a los apóstoles, pero no cabe duda que el conjunto de escritores que agrupa nos transmite un eco vivo de la predicación y doctrina de los apóstoles y, más exactamente, como dice el Título primitivo de la Didajé, de la Doctrina del Señor, dada a las naciones por medio de los apóstoles.

5 La Iglesia, durante este tiempo, permanece y se conserva como una virgen limpia e incorrupta, pues aún estaban ocultos entre tinieblas, como fieras en sus madrigueras, los que habían de intentar corromper la sana regla de la limpia predicación saludable.

6 En los años que van desde su descubrimiento, tras largos siglos de olvido, la Didajé ha dado origen a innumerables estudios, discusiones y controversias. Su bibliografía podría llenar largas páginas.

7 Los testimonios de la antigüedad cristiana son muy numerosos. Escrito este breve, y viejísimo catecismo cuando no se había cerrado el ciclo a la Revelación Divina, cuando aún no se había cerrado el canon de los Libros Sagrados, y faltaban, por otra parte, no ya años, sino siglos, hasta fijarse el canon de los libros inspirados que reconocería oficialmente la Iglesia; este breve libro de la Didajé fue uno de aquellos libros que pasó largo tiempo rondando el canon, admitido por unos como inspirado y rechazado por otros, como no inspirado, el canon de los Libros Sagrados.

8 Fue más tarde y lentamente, pero como con instinto divino que hay que admirar, cuando la conciencia general de la Iglesia le abandonó definitivamente como libro perteneciente al canon de los libros sagrados, cuyos escritos, divinamente inspirados, han constituido para nosotros como una fortaleza de nuestra salud espiritual.

9 La Didajé estuvo en gran estima en aquellos primeros siglos. La citan los grandes maestros alejandrinos Clemente y orígenes. La citan Sn. Atanasio, Eusebio de Cesarea, etc., etc.

10 Prueba de la primitiva aceptación de la Didajé, además de las citas de los más distinguidos hombres de aquellos lejanos tiempos, y haber tenido este libro como inspirado a lo largo de tiempos y tiempos por muchos autores de magno relieve, buena prueba de su estima son las antiguas versiones que de ella se hicieron y de las que se tiene noticia: Versión copta, árabe, georgiana, latina.

11 Largos siglos de silencio permaneció callada la Didajé en el manuscrito ejecutado por el escriba León de Constantinopla hasta 1875, en que la descubrió en la biblioteca del Santo Sepulcro de Constantinopla el arzobispo griego, metropolitano que fue más tarde de Nicomedia, llamado

Filoteo Briennios. El códice tiene además íntegras las dos cartas de Sn. Clemente.

12 El título más corto de la Didajé parece una cómoda y práctica abreviación del título más largo: Doctrina del Señor dada a las naciones por medio de los doce apóstoles.

13 Bien pudo ser sugerido uno u otro título por el pasaje de los *Hechos de los Apóstoles, 2,42,* en que se nos cuenta de los primeros fieles de la comunidad de Jerusalén, que perseveraban en la doctrina de los apóstoles y en la vida común, en la fracción del pan y en las oraciones.

14 Las naciones a que se refiere inmediatamente son los cristianos venidos de la gentilidad, pero no hay inconveniente y es más firme, seguro y acertado extenderlo a toda la humanidad, a todo el orbe, conforme al mandato del Señor a los mismos apóstoles: *«Marchad y enseñad a todas las naciones.»*

15 ¡Quién lo dijera! Hoy el Evangelio se ha dado a conocer a las 170 naciones del mundo y se predica en 200 idiomas y dialectos.

1 Pues sí, señores: *«La maldad puede cualquiera tomarla aun a montones, pues su camino es llano y espacioso y está cerca de nosotros; frente a la virtud, empero, los dioses inmortales pusieron el sudor, pues la senda que a ella conduce es larga y empinada y difícil en sus comienzos; mas, una vez que se llega a la cima, se hace fácil en adelante, aunque en sí sea difícil.»* Así escribía un griego pagano llamado Hesiodo.

2 La doctrina que en la Didajé se presenta a los gentiles o mundo pagano llegado a aquella naciente Iglesia es lo más elemental, de orden práctico o moral. Tal es la primera parte de la Didajé, llamada Doctrina de los dos caminos.

3 Bajo la alegoría, elemental y antiquísima, de los dos caminos, se le van proponiendo al catecúmeno los preceptos de la moral natural y de la perfección evangélica. Primero y ante todo, el amor de Dios, y luego el amor al prójimo como a sí mismo.

4 Pero, a renglón seguido, el anónimo catequista nos abre el Evangelio y nos recita un largo pasaje del sermón de la Montaña: *«Dale a todo el que te pida y no se lo reclames, pues a todos quiere el Padre que se les dé de sus propios dones.»*

5 Pero acto seguido parece recortar esta afirmación por el dicho -no escrito- del Señor por el que recomienda a los catecúmenos discretamente: *«Sude tu limosna en tus manos hasta que sepas a quién das.» (III,6)*

6 Este viejo catequista nos recomienda santa hermandad, largueza y discreción; es el primer rasgo de este necesario equilibrio que nos presenta el amable catequista.

7 Piadosamente, mansamente va dejando oír las nueva ampliación de aquella áurea regla ya sentada: *«Todo lo que no quieras que se haga contigo, no lo hagas tú tampoco a otro.»*

8 Consiguientemente: *«No matarás. No fornicarás. No corromperás a los jóvenes. Consecuentemente, no cometerás adulterio. No robarás. Consecuentemente, no matarás al hijo en el seno de la madre. Consecuentemente, no quitarás la vida al recién nacido. Consecuentemente, no aborrecerás a hombre alguno»* C. 2,2-7.

9 De pronto, el venerable, sensato y prudente y acertado catequista y preceptor se convierte en padre, y los nuevos consejos catequísticos se encabezan con la apelación de hijo mío.

10 El catequista está poniendo en su catequesis no solamente la doctrina revelada y recibida; el catequista está poniendo alma, vida y corazón. Al catequista se le sale el corazón del pecho.

11 Entre catequista y catequizando hay un acercamiento progresivo, íntimo, vital. Ahora se ataca la raíz misma de los pecados: Las pasiones de ira, la codicia o concupiscencia, la avaricia, la vanagloria, la arrogancia.

12 A estas pasiones se oponen una serie de virtudes auténticamente cristianas: La mansedumbre, la paciencia o largueza de ánimo, la compasión, la inocencia, la reverencia y el amor a la palabra de Dios, la humildad y la resignación a las disposiciones divinas. *C. 3,1-10.*

13 El orden, la claridad y concisión con que están aquí anotados los vicios y las virtudes nos da la impresión de hallarnos ante unos apuntes que el catequista ampliaría de viva voz y que es lo que constituye la verdadera catequesis.

14 Los capítulos 2 y 3 de la Didajé son, en verdad, un auténtico desfile, un impresionante desfile de crímenes y pecados.

15 Parece innegable que el catequista está mirando el mundo pagano del que acaba de salir el catecúmeno y del que el celoso catequista le ha de separar para siempre con la muralla infranqueable de la moral cristiana.

16 Esta impresión se convierte en certeza si repasamos el capítulo 5 y nos ponemos a la vera del camino de la muerte y vemos y examinamos quiénes caminan por él.

17 Este camino de la muerte es, ante todo, malo y lleno de maldición: Asesinatos, adulterios, codicias, fornicaciones, robos, idolatrías, magias, hechicerías, rapiñas... celos, temeridad, altanería.

18 Este es el camino de la muerte que siguen *«los perseguidores de los buenos, los que aborrecen el galardón de la justicia, los asesinos de sus propios hijos, los que corrompen por el aborto la criatura de Dios...»*

Avanza la formación catecumenal

1 El anónimo catequista de la Didajé ha contemplado con horror el mismo mundo pagano en espantable descomposición que contempló Sn. Pablo y en cuyo mundo, sin ser del mundo, ha de vivir el cristiano de la catequesis de la Didajé.

2 El celoso y piadoso catequista se está esforzando por hacer entender a los catecúmenos que, aunque tienen que vivir en este mundo que les ha descrito, no obstante, si quieren ser cristianos, han de conservarse incontaminados del mundo. *Iac. 1,17.*

3 La formación del catecúmeno avanza. En el capítulo 4 hay un avance notable y perceptible en la instrucción. Ya se le van a dar a conocer los deberes para con la comunidad de la que pasará a ser miembro por el bautismo.

4 En el capítulo 4 aparecen unos aires nuevos, oímos palabras nuevas y se avecina nueva vida. Es el mundo y la vida de los santos que forman la Iglesia.

5 El catequista vuelve a insistir: *«Hijo mío, te acordarás noche y día del que te habla la palabra de Dios y le honrarás como al Señor. Porque donde es anunciada la majestad del Señor, allí está el Señor.» c.4*

6 El cristiano tiene que cultivar y amar la compañía de los demás cristianos que deben ser santos. Debe fomentar la paz, la unión. Debe ser justo en juzgar y en corregir. Debe ser generoso en la limosna; *«no debe tener nada como cosa propia, pues si en lo inmortal os comunicáis, ¡cuánto más en lo mortal!»*

7 La caridad, el temor de Dios, la sumisión serán los lazos que tendrán unidas las familias cristianas, padres, hijos y esclavos. Toda hipocresía ha de ser aborrecida. Se cumplirán fielmente los mandamientos del Señor.

8 Puede ocurrir que no los cumplas. Entonces *«confesarás en la reunión de los fieles tus pecados y no te acercarás a tu oración con conciencia mala».*

9 Nuestro Señor Jesucristo es judío, los apóstoles son judíos. El autor de la Didajé puede ser judío; no lo sabemos. Pero sea o no sea judío y, aunque lo sea, de aquí no se puede, ni se debe, deducir que estos seis capítulos primeros del viejo catecismo tuvieran vida independiente del resto del libro.

10 Ese supuesto catecismo judío, que hubiera llevado el título de doctrina de los dos Caminos y que hubiera andado suelto e independiente y con anterioridad a la Didajé, especie de manual de los catequistas de la Diáspora, no pasa de ser una hipótesis y limpia inventiva, sin fundamento sólido alguno. Al menos es la opinión de los más y mejores tratadistas.

11 El examen interno de estos seis primeros capítulos no permite su desgajamiento del resto de la obra, que tiene una fuerte unidad y en la que se nota y advierte un como aliento de vida que la une y recorre toda.

12 Ese aliento y espíritu de vida que recorre toda la obra es precisa y justamente el espíritu evangélico presente en la primera y segun-da parte.

13 La doctrina de los dos caminos, que enmarca la instrucción moral y a la que se buscaron remotos orígenes, puede muy bien proceder del sermón de la Montaña que indudablemente conoció el autor.

14 El amor de Dios como principio del camino de la vida y la conexión que se establece entre el amor de Dios y el amor al prójimo es ya una marca auténticamente cristiana, que nos recuerda un pasaje evangélico cuando se le pregunta al Señor por el máximo mandamiento de la ley:

15 *«Amarás al Señor Dios tuyo, con todo tu corazón y con toda tu alma y con toda tu mente. Este es el máximo y pri-*

mer mandamiento. Y el segundo es semejante a éste: Amarás a tu prójimo como a ti mismo. De estos dos mandamientos depende toda la ley y los profetas.» Mt. 22,37-40

16 Aún prescindiendo de esta larga cita evangélica, los vicios que ha de evitar el cristiano son muchos de ellos específicamente paganos; pero las virtudes que ha de observar son específicamente evangélicas.

17 *«Sé manso, porque los mansos heredarán la tierra».* La humildad, la compasión, el buen trato a esclavos y esclavas, todo ello trae un perfume campestre brotado en la cima del monte de las bienaventuranzas. La Iglesia de la Didajé es una Iglesia acostumbrada a llamar a Dios, Padre. Una iglesia procedente de la gentilidad, que ha roto sus amarras con el judaísmo, o las está rompiendo.

El Bautismo en la Didajé

1 Sabido es que el bautismo a lo largo de la historia de la Iglesia ha sido administrado según las circunstancias históricas de triple manera: Por inmersión, aspersión e infusión. Vamos a asomarnos a la Iglesia naciente en tiempos de la Didajé y veremos cómo se administraba entonces.

2 De aquellos lejanos tiempos es Sn. Justino quien, hacia el año 150, queriendo dar a los dirigentes del Imperio una idea de la religión cristiana, les describe el rito de la iniciación por el bautismo con los mismos esenciales elementos de la Didajé.

3 *«Cuantos se convencen y creen ser verdad las cosas por nosotros enseñadas y dichas y prometen poder vivir de esta manera, son en-señados a orar y suplicar, por medio del ayuno, a Dios el perdón de sus anteriores pecados, acompañándoles también nosotros en el ayuno y oración. Seguidamente, los conducimos a un paraje donde haya agua, y del mismo modo que fuimos nosotros regenerados, se regeneran también ellos. En efecto, allí practican el lavatorio en el agua, en el nombre del Padre del Universo y Soberano Dios, y de Nuestro Salvador Jesucristo y del Espíritu Santo...»*

4 La Didajé, que es un siglo anterior a Sn. Justino, la segunda parte de la Didajé tiene el incomparable interés de permitirnos penetrar en la vida íntima de una comunidad cristiana salida inmediatamente de las manos de los apóstoles.

5 El Bautismo es la puerta obligada para entrar en la comunidad cristiana. Al Bautismo ha de preceder la instrucción contenida en los seis capítulos de la primera parte a lo largo de un conveniente período de tiempo.

6 Como preparación inmediata, un día o dos de ayuno del catecúmeno y hasta del ministro y algunos miembros de la comunidad.

7 Se administraba el sacramento conforme al mandato evangélico en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo en agua corriente, si ello era posible; es decir: por inmersión en un río o fuente. Si esto no era posible, por triple infusión sobre la cabeza del catecúmeno, renaciendo por el agua y el Espíritu Santo a una vida nueva, a la vida de los hijos de Dios, siendo así ya un miembro vivo y responsable de la nueva naciente Iglesia.

8 Al cristiano se le recomienda inmediatamente el ayuno y la oración. El ayuno y la oración de venerable antigüedad religiosa en Israel. Pero el celoso y responsable catequista esas prácticas religiosas se cuida de llenarlas de espíritu evangélico, para que no se parezcan a los hipócritas, que ya corrigiera y ridiculizara Jesús en el Evangelio.

9 Vosotros, pues, oraréis de esta manera. El profesor y autorizado catequista desenrolla el ejemplar de Sn. Mateo, poco más o me-nos como nosotros hacemos para compulsar una cita, y transcribe íntegra, con alguna pequeña variante, la oración del Padrenuestro.

10 *«Padre nuestro celestial, santificado sea tu nombre,*
venga tu reino, hágase tu voluntad
como en el cielo, así en la tierra.
El pan nuestro de nuestra subsistencia
dánosle hoy y perdónanos nuestra deuda,
así como también nosotros perdonamos a nuestros deudores
y no nos lleves a la tentación, mas líbranos del mal.
Porque tuyo es el poder y la gloria por los siglos.
Así oraréis tres veces al día.»

11 Los nuevos cristianos debían rezar tres veces al día en las horas de tercia, sexta y nona; nueve, doce de la mañana y

tres de la tarde; pero el perfecto cristiano debía hacerlo en todo momento, según Clemente de Alejandría.

12 Reza en pie, con la cabeza descubierta el hombre, velada la mujer, con las manos levantadas al cielo, reza el cristiano de la Didajé la oración cristiana del Evangelio, el Padrenuestro, con fe, con unción, con devoción, con impulso filial de amor.

13 En aquella incipiente Iglesia, en aquellos primitivos miembros de la Iglesia venidos de la gentilidad o incorporados del judaísmo había fe, había esperanza y había caridad teológica.

14 La tierra estaba aún caliente de la presencia de N.S. Jesucristo. La tierra aún estaba manchada con la sangre del Rabí de Nazaret y de sus inmediatos discípulos, los apóstoles.

15 Tal vez aún no hubieran muerto todos los apóstoles cuando se es-cribe este precioso tesoro de la Didajé, perla preciosa, cuasi contemporáneo del Evangelio, Apóstoles y Evangelistas y del mismo Jesús.

La Eucaristía en la Didajé

1 En la Didajé toda la preparación catecumenal, no podía ser de otra manera, es una preparación larga y exigente para el Bautismo, para que el catecúmeno por la fe en Jesús y las aguas bautismales pase de simple criatura racional a ser, nada más ni nada menos, que hijo de Dios y heredero de la vida y gloria del cielo.

2 El catecúmeno por el Bautismo y su fe en Jesús se hace coheredero con el mismo Hijo natural de Dios, y la herencia eterna que recibirá no será distinta de la misma esencia Trinitaria del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo. Para que se desmayen los catecúmenos.

3 Pero si la instrucción en el catecumenado es preparación para el Bautismo, el mismo Bautismo y la renuncia al mundo que lleva consigo la vida de oración, ayuno, penitencia, santidad de vida, que ha de llevar el cristiano de la Didajé, es una perpetua y perenne preparación de la Eucaristía.

4 La Eucaristía, la Eucaristía. Al dar aquí, por primera vez en la literatura cristiana, con esta palabra Eucaristía, hemos dado con la palabra clave, hemos dado con el secreto de aquellos grupos de hombres y mujeres, humildes en su mayoría, de donde habían de salir los que asombrarían el mundo con el heroísmo de su martirio y su fe inquebrantable en el Rabí de Nazaret.

5 La Eucaristía ocupa el centro material de la Didajé y ocupaba el centro vital de la comunidad cristiana de la Didajé. Todos los sacramentos son santos. Todos los sacramentos son santos e instituidos por N.S. Jesucristo...

6 Pero, señores, el Bautismo les hace hijos de Dios. La Eucaristía les da al mismo Dios. También a nosotros el Bautismo nos hace hijos de Dios. También a nosotros se nos da y

se nos entrega Jesús en la Eucaristía. Cuando termine de escribir estas líneas voy a celebrar el Santo Sacrificio de la Eucaristía, aquí en esta casa de campo donde me encuentro. Señores, para volvernos locos, ellos y nosotros, nosotros y ellos. El Bautismo nos hace hijos de Dios. La Eucaristía nos da a Dios.

7 Estos cristianos de la Didajé tal vez no conocieran entonces más que el sacramento del Bautismo y la Eucaristía. La teología sacramental tardaría no mucho en desarrollarse. No olvidemos que estamos en los mismísimos albores de la Iglesia. Sin duda alguna, conocieron también el Orden Sacerdotal y la Penitencia.

8 Estamos en los mismos albores de la Iglesia; y si Jesús es el fundador de la Iglesia, y si Pedro es la piedra central puesta por Jesús, y si los apóstoles son las columnas de esta gran nave, de este magno edificio, estos cristianos son las primeras piedras de este magno edificio que llamamos Madre Iglesia.

9 En esta comunidad de la Didajé, como en la de nuestros días, que nadie coma ni beba de la Eucaristía, sino los bautizados en el nombre del Señor y que estén en su gracia, añadimos nosotros. La Didajé no tiene esta última idea. Tal vez no entrara en su esfera, entonces, que uno que ha recibido el Bautismo y participado en la Eucaristía pudiera volver a pecar.

10 Solamente el *«santo»*, es decir, el cristiano debidamente preparado puede acercarse a recibir la Sagrada Eucaristía, no ya sólo al Hijo de Dios, sino también al *«Dios de David»* que vuelve, que ha vuelto a la tierra, como preludiando la última venida en gloria que tanto deseó la Iglesia de la Didajé.

11 El que no sea santo que haga penitencia. El que no sea santo que procure el arrepentimiento de los pecados, que

procure y pida al Señor esa «metanoia», cambio total de pensar y sentir, que le hará digno de acercarse y participar en el misterio cristiano.

12 *«Venga la gracia y pase este mundo».- (deseo del c.10,6) - «Venga la gracia y pase este mundo: ¡Hosanna al Dios de David! El que sea santo, que se acerque; el que no lo sea, que haga penitencia ¡Ven Señor Jesús!»*

13 Son conscientes de que el cristiano puede pecar. ¡Y cómo no habían de serlo! Si el cristiano pecare porque el peso de la humana mi-seria le arrastrare por debajo del ideal de santidad que su vocación le exige, confesará sus pecados antes de tomar parte en la fracción del pan *«a fin de que su sacrificio sea puro».*

14 El que tuviere una diferencia con su hermano, se reconciliará antes con él, *«a fin de que no sea profanado vuestro sacrificio»* ¡Y qué sacrificio, señores, qué sacrificio! El sacrificio anunciado por el profeta *Malaquías, 1,11*

15 *«En todo lugar y en todo tiempo se me ofrece un sacrificio puro, porque rey grande soy yo, dice el Señor, y mi nombre es admirable entre las naciones» 14,3 de la Didajé.*

16 Más tarde N.S. Jesucristo diría después del profeta Malaquías: *«Tomad y comed todos de Él. Porque esto es mi cuerpo».* La comunidad de la Didajé hacía lo que nos dicen los *Act. 2,46. «Todos acordes acudían al Templo, "partían el pan" en sus casas y tomaban su alimento».*

Festín de manjares suculentos

1 Mis queridos y buenos amigos. Día tras día venimos meditando la piedad cristiana de la Iglesia incipiente acerca de la Eucaristía, el Bautismo y su sólida preparación en la catequesis.

2 Escuchemos también en silencio meditativo al gran profeta Isaías, profesor licenciado y doctorado en Sagrada Escritura, que iluminado por el Espíritu Santo, nos instruye a todos, también a la comunidad cristiana de la Didajé, sobre la Sagrada Escritura, desde hace 2.700 años. 700 años antes que naciera nuestro Señor Jesucristo.

3 El profeta Isaías es un lejano, pero acertado, precursor de N.S. Jesucristo, de su Pasión, de su Muerte y de su Resurrección.

4 Parece un contemporáneo de N.S. Jesucristo que hubiera acompañado a N.S.J. tomando sus notas de buen periodista; pero vivió, no con la comunidad de la Didajé, ni con la comunidad apostólica, sino 700 años antes.

5 Dice así el profeta Isaías. Estad atentos y escuchad: *«Prepara el Señor de los ejércitos para todos los pueblos, en este monte de la tierra, un festín de manjares suculentos, un festín de manjares y vinos de solera».*

6 Manjares enjundiosos; vinos generosos. Y arrancará de este mon-te -de la tierra- el velo que cubre a todos los pueblos; el paño que tapa a todas las naciones. Aniquilará la muerte para siempre.

7 El Señor Dios enjugará las lágrimas de sus ojos y de todos los rostros. El Señor Dios alejará el oprobio de su pueblo de todo el país.

8 *«Aquel día se dirá: aquí está nuestro Dios, de quien esperábamos nos salvara.»* Ya nos ha salvado. Ya le tenemos entre

nosotros. La comunidad cristiana de la Didajé, formada por cristianos venidos del judaísmo y del paganismo, está asombrada por lo mismo.

9 Han pasado 2.700 años desde que el profeta Isaías pronunciara estas palabras proféticas de la Eucaristía, sobre el gran banquete de la Eucaristía, y estos cristianos son conscientes de que ellos son unos privilegiados al ser los primeros que la conocen, la adoran y la reciben.

10 Hemos leído que *«todos acordes acudían con asiduidad al templo, partían el pan en sus casas y tomaban su alimento con alegría y sencillez de corazón... cada día el Señor iba incorporando a los que habían de ser salvos». Act. 2,46.*

11 Isaías anticipa, con visión clara de futuro, iluminado por el Espíritu Santo, las parábolas que Jesús pronunciara 700 años más tarde y que yo al menos, si conocieron o no los cristianos de la Didajé estas profecías de Isaías, no lo sé; pero nosotros podemos conocerlas, estudiarlas, meditarlas y sacar mucho provecho de ellas.

12 Es el Señor quien, anticipadamente, ha preparado un festín de manjares suculentos y vinos de solera. Y los ha preparado para aquellos cristianos primitivos que están asombrados y maravillados, y los ha preparado también para nosotros, aunque tal vez no lo estemos tanto, pero el manjar es el cuerpo de N. Señor Jesucristo. El vino es su propia sangre.

13 Mis queridos y buenos amigos: Una vez más os invito a que meditéis en profundo silencio y recogimiento: Qué clase de convite y manjar sea éste que nos anuncia Isaías desde hace dos mil setecientos años. El cuerpo de Dios hecho Hombre; hecho alimento de nuestras vidas y de nuestras almas divinizadas y cristificadas.

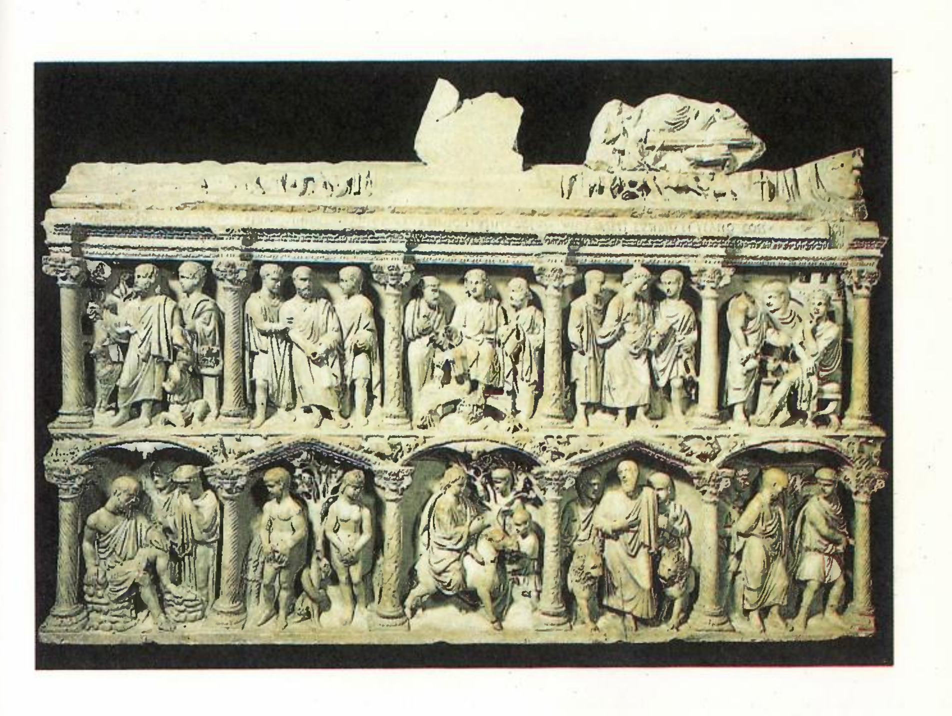
14 El vino de este festín, de que nos hablan Isaías y Jesucristo, es la sangre de Jesucristo hecha Eucaristía por nosotros y para nosotros.

15 A este festín, a este banquete están invitados de parte de Dios N. Señor, todos los pueblos de todas las razas, de todas las naciones, culturas y continentes.

16 Ved lo que dice N.S. Jesucristo mismo que es el que hace la invitación: *«Id a los cruces de los caminos y a todos los que encontréis invitadlos al banquete.»*

17 El Padre tiene muchos hijos pródigos. El Padre tiene muchas ovejas que no están en este redil, que no están en este festín suculento y enjundioso en que por comida se nos da el cuerpo de Cristo y por bebida se nos da su sangre.

20 Aquellos cristianos de que nos habla la Didajé fueron unos aventajados y agraciados que, con los brazos en alto y fuera de sí, a porfía se entregaban a Jesús, al Evangelio y a la Iglesia.



San Pedro, Tesoro. Sarcófago de Giunio Basso, siglo IV. Arriba en el centro, la Traditio Legis; abajo, la Entrada a Jerusalén. Los otros episodios son: arriba, el Sacrificio de Abraham, la Captura de san Pedro, la Captura de Cristo y Cristo frente a Pilatos; abajo, Job, Adán y Eva, Daniel en el foso con los leones y san Pablo conducido al martirio. Resulta clara la intención del artista de unir el sacrificio supremo de los dos fundadores de la Iglesia romana a episodios de la pasión de Cristo. Es la misma idea que, desde fines del siglo IV, inspirara la construcción de las basílicas, en las cuales el altar, ara del sacrificio de Jesús, será colocado precisamente sobre la tumba del mártir o bien contendrá una parte de sus reliquias.

Rompiendo el Pan en casa

1 Los cristianos de la Didajé han de vivir vigilantes. Los cristianos de la Didajé han de estar alerta a la última venida del Señor. Los cristianos de la Didajé han de reunirse frecuentemente para tratar lo que sea conveniente a su vida, a la vida sobrenatural de su alma.

2 Los cristianos de la Didajé han de reunirse con frecuencia, diariamente, nos dicen los Hechos de los Apóstoles, para celebrar la Eucaristía: *«Diariamente, perseverando unánimes en el templo y rompiendo el pan en casa, participaban del alimento con júbilo y sencillez, bendiciendo a Dios y hallando gracia ante todo el pueblo.»* *Act. 2,46.*

3 La Sagrada Eucaristía es una de las supremas, grandes, absolutas y maravillosas novedades cristianas. La Sagrada Eucaristía y la predicación de un Dios hecho hombre y muerto por la salvación de los hombres.

4 El mundo pagano, altivo en su seco racionalismo, la muerte de Dios en la cruz la recibe como una necedad, con gesto de desprecio, como una tontería de la que no merece la pena hablar.

5 El mundo judío, el milagro y misterio de la Eucaristía lo acogió con gesto de horror y de escándalo. ¿Pero quién puede aguantar a este hombre? *«Duras son estas palabras».*

6 Aquellos primitivos cristianos, aquella primitiva Iglesia de los Hechos de los Apóstoles y de la Didajé, animada por el Espíritu Santo y fortalecida desde lo alto, se reunía diariamente para conmemorar, en la fracción del pan y bendición del cáliz, la última cena y la muerte del Señor, haciendo realidad el dulce precepto suyo la noche en que fue traicionado: *«Haced esto en memoria mía» Lc.22,14 y 1ª Co. 23 ss.*

7 Con este motivo y tratando esta materia escribe un autor: *«En la sencilla acción simbólica de romper el pan, de pasar alrededor el cáliz de bendición, tal como lo realizara Jesús en la última cena, se representaba la entrega de Jesús a la muerte por la salvación de muchos».*

8 *«Por el hecho de comer de un mismo pan y beber de un solo y mismo cáliz, entraban en comunión de sangre con el Señor glorificado, que permanecía invisiblemente entre ellos y con los hermanos y hermanas que rodeaban la mesa.»*

9 *«La jubilosa disposición de alma con que comían y bebían juntos convertía para ellos esta comida común en preludio y anticipo de aquel espléndido banquete que les esperaba en el reino de Dios que está para llegar.»*

10 *«Cantos de salmos y oraciones de acción de gracias acompañaban la cena cristiana del Señor.»* Otto Karrer.

11 La Didajé no inventa, no crea. La Didajé no hace sino prolongar la línea y hechos que arrancan del Evangelio. La institución de la Eucaristía está relatada por los sinópticos *Mt. 26,26-28; Mc. 14,22-24; Lc. 22,19-20 y por Sn. Pablo 1ª Co. 11, 23 ss.*

12 Estas comunidades *«perseveraban en la doctrina de los apóstoles, en la vida común y en la fracción del pan y en las oraciones». Act. 2,42.*

13 Un poco más adelante, se nos vuelve a insistir en la fracción del pan: *«Diariamente, perseverando unánimes en el templo y rompiendo el pan en sus casas, participaban del alimento con júbilo y sencillez de corazón...» Act. 2,46.*

14 Cierto que la oración la hacen en el templo; pero la Eucaristía, la fracción del pan se hace en casa y en ella se toma parte con júbilo y sencillez de corazón.

15 Estos fieles cristianos son israelitas, fieles israelitas. Templo por una parte. Eucaristía por otra. Templo y Eucaristía en

clara oposición. Templo y Eucaristía atraen a estos creyentes como a los apóstoles. Tal razón de ser, tal oposición ya no se dará en los cristianos procedentes de la gentilidad, no relacionados con el templo.

16 Adoremos nosotros, cristianos del siglo XX, adoremos nosotros conscientemente, reverentemente el S. Sacramento del altar. Adoremos nosotros al Verbo Divino encarnado y presente en el Santísimo Sacramento.

17 Adoremos a Jesús en cuanto Dios y en cuanto Hombre. Adorémosle cuando le tenemos en nuestro pecho, después de comulgar. Adorémosle en todos los sagrarios de la tierra. Debe ser nuestro gran quehacer durante el tiempo y durante la eternidad; durante la eternidad y durante el tiempo. Nosotros estamos en mejores condiciones de entender el misterio Eucarístico que los cristianos de aquellas comunidades.

La Didajé enlaza con Sn. Pablo y los Evangelios

1 El relato más bello de la Eucaristía lo escribió Sn. Pablo en su carta primera a los Corintios, donde ya se habían introducido abusos en la celebración Eucarística, pues cuando ahora se juntan «ya no es para comer la cena del Señor».

2 *«Pues cuando os reunís no es para comer la cena del Señor, porque cada uno se adelanta su propia cena y, mientras uno pasa hambre, otro está ebrio»* Pero el abuso no invalida el uso y éste se dio en los días de la evangelización de Pablo, quien lo restablece a su primitiva pureza.

3 *«Porque yo he recibido del Señor lo que os he transmitido, que el Señor Jesús, en la noche en que fue entregado, tomó el pan y, después de dar gracias, lo partió y dijo: Esto es mi cuerpo, que se da por vosotros; haced esto en conmemoración mía».*

4 *«Y asimismo, después de cenar, tomó el cáliz diciendo: Este cáliz es el nuevo testamento en mi sangre; pues cuantas veces lo bebáis, hacéis esto en memoria mía. Pues cuantas veces comáis este pan y bebáis este cáliz, anunciáis la muerte del Señor hasta que él venga.» 1ª Co. 11,20 y ss.*

5 La escena de Troas es también ejemplo clásico y seguro de la celebración eucarística, designada aún con el nombre de fracción del pan. *«Pablo, roto el pan y conversando con ellos hasta el amanecer, marchó de esta manera» Act. 20,5-12.*

6 Con las celebraciones de Sn. Pablo, con las comunidades cristianas de que nos hablan los Hechos de los Apóstoles, con el mismo Evangelio de la institución, se enlazan estos dos maravillosos capítulos de la Didajé: 9 y 10.

7 *«Con estos dos capítulos de la Didajé, nos es dado acercarnos con emoción contenida como a reliquias vivas de la primitiva Iglesia, a estas bellas, sencillas, íntimas, profundas oraciones de Eucaristía o acción de gracias, dichas sobre el cáliz y el fragmento de pan por un profeta, cuando le había en la comunidad, y de modo permanente por el Obispo que la preside y gobierna»*. P. Apostólicos, pág. 46.

8 *«Las oraciones eucarísticas contenidas en la Didajé nos dan una imagen aproximadamente exacta de la liturgia eucarística de la primitiva comunidad en general.»*

9 *«Jamás el pensamiento místico de nuestra unión de miembros en Cristo ha hallado expresión más conmovedora de agradecimiento y anhelo.»*

10 *«Estas oraciones contienen de modo tan maravilloso el sentimiento místicamente solemne de la primera cena eucarística y aúnan de manera tan íntimamente sencilla el casto júbilo por la dádiva, con el ansia expectante de toda criatura por la vuelta del Señor y por la consumación en su contemplación que pudieran haber sido compuestas por Sn. Juan, cosa que, en opinión de muchos, hubiera todavía sido posible.» Otto Karrer, o.c. p. 39.*

11 Aunque se ha dudado de si en estas oraciones eucarísticas de la Didajé se trataba de la Sagrada Eucaristía o comida común en banquetes de fraternidad, ahondando en los textos, se llega a la convicción de que estas efusiones del alma de la vieja y fervorosa Iglesia de la Didajé sólo pueden decirse ante el pan y el vino consagrado. En adelante, la palabra Eucaristía es la que unánimemente se aplicará al misterio del cuerpo y sangre del Señor.

12 De aquellos lejanos siglos es Sn. Justino, quien nos describe en una inestimable página de su Apología, 66, el rito de la celebración Eucarística. Dice así:

13 *«Este alimento se llama entre nosotros Eucaristía, de la que a nadie le es lícito participar, sino al que cree ser verdad las cosas que nosotros enseñamos y se haya lavado con el lavatorio para el perdón de los pecados y de la regeneración y viva del modo que Cristo nos enseñó.»*

14 *«Pues no tomamos estas cosas -continúa diciéndonos Sn. Justino- como un pan ordinario o una bebida ordinaria, sino que, al modo como Jesucristo nuestro Salvador, hecho carne por virtud del Logos de Dios, tuvo carne y sangre por nuestra salvación, así el alimento eucaristiado, por virtud de la oración, de la palabra que viene de Él, fuimos enseñados que es la carne y la sangre del mismo Jesús hecho carne.»*

15 No se concibe que la parte central de la Didajé, libro manual tan pequeñito, que ha merecido evocar el recuerdo de Juan Evangelista, lo ocupara la ordenación de una comida no distinta de las demás.

16 La comida por la que el cristiano ha de dar gracias es muy otra. *A nosotros nos hiciste gracia de una comida y bebida espiritual y de la vida eterna por medio de Jesucristo, tu siervo.» 10,3.*

¿Se omiten las palabras consacratorias por la ley del Arcano?

1 La institución de la Eucaristía está narrada por *Sn. Mateo, 26,26-28, «Mientras cenaba con sus discípulos, Jesús tomó pan, lo bendijo, lo partió y dando a los discípulos dijo: tomad y comed, éste es mi cuerpo. Y tomando un cáliz y dando gracias, se lo dio diciendo: Bebed de él todos, que ésta es mi sangre del Nuevo Testamento, que será derramada por muchos para remisión de los pecados.»*

2 *Sn. Marcos 14,22-24* nos narra así la institución de la Eucaristía: *«Mientras comían, tomó pan y bendiciéndolo lo partió y se lo dio, y dijo: tomad, éste es mi cuerpo. Tomando el cáliz, después de dar gracias, se lo entregó y bebieron de él todos. Y les dijo: Esta es mi sangre, de la Alianza, que es derramada por muchos.»*

3 *Sn. Lucas 22,19-20. «Tomando el cáliz, dio gracias y dijo: tomadlo y distribuirlo entre vosotros; porque os digo que desde ahora no beberé del fruto de la vid hasta que llegue el reino de Dios. Tomando el pan, dio gracias, lo partió y se lo dio, diciendo: Este es mi cuerpo, que es entregado por vosotros; haced esto en memoria mía. Asimismo, el cáliz, después de haber cenado, diciendo: Este cáliz es la Nueva Alianza en mi sangre, que es derramada por vosotros.»* También Sn. Pablo narra la institución de la Eucaristía, *1ª Co. 11,23 y ss.*

4 Es claro con claridad meridiana, repasando despacio la Didajé, que, en este manual de piedad para el uso cristiano, pues la Didajé es eso: un manual, no un ritual, hemos de reconocer que en este manual no aparecen, se pasan en silencio las palabras de la institución y las fórmulas consagratorias. No se dice expresamente que el pan y el vino

sean el cuerpo y sangre de Cristo, como parece debiera decirlo.

5 Pero teniendo en cuenta que la Didajé es un manual de piedad para los cristianos y no un ritual, y teniendo en cuenta las condiciones de lugar y tiempo y el primer contacto del cristianismo con el mundo grecorromano, y la misma Ley del Arcano, que no se apoya en ningún texto escrito, sino sobre un uso equivalente a una ley, cuya profunda razón de ser es imposible desconocer, ya no extraña tanto que se omitan las palabras de la institución como las fórmulas consagratorias.

6 *«La manera de reproducir la Didajé las oraciones eucarísticas, escribe F.B. Rossi -es decir, suprimiendo las fórmulas más estrechamente ligadas a los misterios-, conviene bien a la llamada «Ley del Arcano».*

7 Haciendo una combinación de los datos que nos da la Didajé con los que nos ofrece Sn. Justino en las páginas más bellas de su Apología, hacia el año 150, que tan maravillosamente la completan y comentan, nos formaremos imagen acabada del culto y liturgia de aquellos remotos hermanos nuestros del siglo primero.

8 De esta combinación de datos deducimos que el día del Señor, el día que los paganos llaman día del sol, y es el primero de la semana de la creación; en memoria de esta misma creación y sobre todo de la resurrección del Salvador, estos cristianos, que sin duda han oído a Pedro, a Juan, a Pablo o a cualquier otro apóstol de Jesús, se reúnen de campos y ciudades, en un mismo lugar, en unidad de fe y caridad para celebrar el verdadero y auténtico misterio cristiano.

9 De esta combinación de datos entre la Didajé y Sn. Justino deducimos, vemos que esta celebración del misterio cristiano la preside un Anciano, un Presbítero, que la Didajé le

llamará por el nombre, entonces equivalente, de Obispo, Intendente, Vigilante, Inspector, al que asiste un grupo de diáconos o ministros.

10 Enseguida vemos que la celebración comienza con la lectura de los profetas, Hechos de los Apóstoles, Evangelio.

11 Enseguida vemos que, terminada la lectura, el que preside comenta la palabra divina leída e invita a la imitación de los ejemplos y virtudes del Señor.

12 Viene enseguida la oración precedida de la confesión y arrepentimiento de los pecados, pues nadie ha de acercarse a la Eucaristía con conciencia mala.

13 Luego se presenta al *«Anciano»* y Obispo que preside el pan y el vino con un poco de agua y sobre estas ofrendas se pronuncian las bellas oraciones de la Didajé, a las que el pueblo responde en unión de almas y corazones: Amén.

14 Viene después la distribución eucarística por ministerio de los Diáconos y éste es el momento de la *«saciedad»* en que se recitan las postcomuniones de la Didajé, que son la acción de gracias.

15 Estos textos de la Didajé sobre el año 90 y de Sn. Justino sobre el 150, que se enlazan y complementan, tienen para nosotros una enorme fuerza apologética, viéndolos en las reuniones litúrgicas del siglo primero y segundo, empalmando con los apóstoles y con Jesús, el Rabí de Nazaret.

Señales distintivas del buen Profeta y del que no lo es

1 De los distintos carismas que Sn. Pablo enumera en su carta a los Corintios, la Didajé sólo recoge apóstoles, profetas y maestros. La Didajé no recoge más carismas.

2 Pero ¿quiénes son estos personajes que tan destacado relieve adquieren en la iglesia de la Didajé y a quienes tan alta misión se les encomienda, como a sabios arquitectos echar los cimientos de la vida cristiana?

3 Desde luego, los apóstoles no pueden ser ya de los doce contra quien la Didajé no es imaginable pueda dar avisos y cautelas sobre la doctrina que enseñan al entrar en la comunidad.

4 Son hombres que no pertenecen al grupo de los doce, no pertenecen al Colegio Apostólico, pero debieron reunir las condiciones puestas por Sn. Pedro como Caheza de él. Ser uno de los que hubieron convivido con Jesús hasta que fue levantado a los cielos y desde el bautismo de Juan para poder dar testimonio de todo, pero principalmente de la resurrección.

5 Pablo y Bernabé ostentan con sano y visible orgullo este título. *«¿No soy libre? ¿No soy apóstol? ¿No he visto á Jesús, nuestro Señor? Si para otros no soy apóstol, para vosotros, al menos, lo soy». 1ª Co. 9,1 y ss.*

6 El mismo Sn. Pablo saluda efusivamente al final de la carta a los *Rm. 16,7 a «Andrónico y Junias»,* parientes y concautivos míos, ilustres entre los apóstoles y fueron en Cristo antes que yo.

7 A estos apóstoles Eusebio designa como evangelistas, son misioneros, apóstoles ambulantes de Iglesia en Iglesia, la Didajé preceptúa que se les reciba como al Señor mismo

con lo que esta preceptuando el mandato del Evangelio: *«El que a vosotros recibe a mí me recihe» Mt. 15,7.*

8 La Didajé preceptúa que el apóstol no ha de permanecer sino un solo día, o lo más dos, en la comunidad por donde pasa, prueba o regla, que demuestra que la comunidad está organizada y orgánicamente constituida.

9 En tierras de misión no se podrían dar estas normas limitando a dos días la estancia del apóstol. El apóstol debe ser totalmente desinteresado y contentarse con su sustento. Si pide dinero será señal de un falso apóstol. Un pedazo de pan será bastante para que vaya de comunidad en comunidad.

10 En la Didajé como en Sn. Pablo, después del apóstol, viene el Profeta, que aquí como en Corinto, como en Antioquía, como en Roma ocupa un lugar preferente y destacado en la comunidad.

11 La inteligencia es la iluminada por el carisma de la profecía, y al profeta por consiguiente incumbe la instrucción, la exhortación a los hermanos. El profeta, pues, es un ministro de la palabra, al menos cuando habla a impulsos del espíritu interior, bajo una peculiar iluminación, impulso y calor del Espíritu Santo.

12 A los verdaderos y auténticos profetas la Didajé los rodea de una extraordinaria veneración. Atentar contra su autoridad cuando habla en espíritu es pecado irremisible, como si se cometiera contra el Espíritu Santo.

13 Los mismos obispos y diáconos que se eligen con miras a la Eucaristía merecen justamente respeto y veneración porque ellos administran la liturgia o servicio de los profetas.

14 El profeta podía pertenecer o no al orden sacerdotal, entrara o no entrará en la jerarquía local de asiento en la comunidad.

15 San Pablo era juntamente carismático, apóstol, profeta y tenía el don de lenguas. Otros miembros eminentes de la jerarquía estable lo fueron también. Recuérdese los grandes obispos Ignacio, Policarpo, Cuadrato, obispo también y profeta.

16 En la primitiva Iglesia la importancia del profeta fue extraordinaria. Sin duda alguna que, después de los apóstoles, ellos fueron los más ardientes ministros de la palabra.

17 Hermas que fue profeta a mediados del siglo II, nos describe así al verdadero profeta y cómo se le puede distinguir del falso: *«El verdadero profeta es manso, tranquilo, humilde... más pobre que nadie entre los hombres... No habla cuando quiere, sino cuando el Espíritu de Dios le inspira... Sabe dirigir la palabra a los fieles del modo que Dios quiere...»*

18 *«Todo lo contrario del espíritu terreno, que es altanero, amigo de los primeros puestos, desvergonzado y charlatán, y no profetiza sino es a sueldo».*

19 *«¿Cómo es posible cobrar su sueldo y profetizar? No, no se sufre que tal haga el espíritu de Dios...»* La profecía, pues, debió ser en la primitiva Iglesia una de las formas de predicación tan antigua como la homilía. No obstante la Didajé da la voz de alerta: No todo el que habla en espíritu es profeta, sino el que lo habla y lo vive.

Profeta y Profecía

1 Después del título de apóstol tanto en Sn. Pablo como en la Didajé viene el título de Profeta. Se nos habla aquí y allí de Apóstoles, Profetas y Maestros. El nombre de Profeta, el profeta ocupa un lugar destacado en Sn. Pablo, en la Didajé, en Corinto, en Antioquía y lo mismo ocurría en Roma.

2 Son los distintos carismas que nombra Sn. Pablo en su triple categoría de más a menos, siguiendo luego la variedad de carismas y operaciones del Espíritu Santo, del Señor y del Padre.

3 *«A unos los estableció Dios en la Iglesia, ante todo como Apóstoles; en segundo lugar, Profetas; en tercer lugar maestros; luego potencias; luego gracias de curaciones, asistencias, gobiernos, géneros de lenguas. ¿Acaso son todos apóstoles? ¿Acaso son todos profetas? ¿Acaso son todos maestros? ¿Acaso todos potencias? ¿Acaso todos tienen gracias de curaciones? ¿Acaso todos hablan lenguas? ¿Acaso todos interpretan?...» 1ª Co. 12,28-31.*

4 En la Didajé, de toda esta larga enumeración corintia, sólo han quedado aquellos carismas que dicen relación al ministerio de la palabra, apóstoles, profetas y maestros tienen la misión de predicarla. Esto significa echar los cimientos de la Iglesia. Misión del apóstol, profeta y maestro o Doctor que viene a significar lo mismo.

5 Oigamos una vez más a Sn. Pablo que nos dice: *«Luego ya no sois extranjeros ni forasteros, sino conciudadanos de los santos y familiares de Dios, sobreedificados en el fundamento de los apóstoles y profetas, teniendo por piedra angular al mismo Cristo Jesús». Ef. 2,19-21.*

6 La palabra profecía es griega; significa él que habla en nombre de otro. También significa el que habla y nos des-

cubre el futuro. También puede significar y significa el *«Vidente»*. Ordinariamente profeta quiere decir predicar, no en nombre propio, sino predicar por inspiración de Dios, y en nombre de Dios.

7 Profeta, por consiguiente, es aquel que habla a los hombres en nombre de Dios. En un sentido más estricto, antiguamente, se llamaba profeta al que conocía y anunciaba las cosas ocultas, futuras, que no podían conocerse de un modo natural.

8 El profeta fue en otros lejanos tiempos el representante de Dios que en el A. Testamento rige el pueblo. Cuando Dios quería castigar a su pueblo, los pecados de su pueblo, lo dejaba sin profeta.

9 De aquí nacieron los falsos profetas para satisfacer los deseos del pueblo, y de los que se queja el Señor por el profeta Jeremías. El profeta fue un enlace entre Dios y su pueblo. El gran profeta, el magno profeta, sin posible comparación, fue N.S. Jesucristo.

10 Si esto es el profeta, la profecía es conocimiento y enumeración de cosas y verdades ausentes, de pensamientos y consejos de otros, o de cosas pasadas, cuya memoria se ha borrado.

11 La profecía para ser profecía ha de ser una manifestación cierta e imprevisible naturalmente. La profecía es la manifestación de una cosa futura y contingente. La profecía tiene todas las características de un milagro. Hecho sensible, divino, y fuera de las fuerzas humanas de la naturaleza. La profecía es un milagro. Un milagro intelectual.

12 Profecía estrictamente hablando es un milagro intelectual. Es el conocimiento y predicción de acontecimientos futuros, que ningún entendimiento creado puede conocer por principios naturales. Las profecías llevan también el nombre de Vaticinios.

13 Las profecías unas son claras y otras obscuras y de no fácil inteligencia. Las profecías comienzan ya en el paraíso perdido.

14 *«Pondré enemistades entre ti y la mujer, entre tu descendencia y la suya».* Toda la tradición afirma que estas palabras se refieren al Mesías y a su Madre, la Virgen.

15 Se van repitiendo las promesas y las profecías. A Abrahán se le promete una descendencia tan ilimitada como las estrellas del cielo y las arenas del mar.

16 Se le promete que de su descendencia nacería el Mesías, el Salvador del mundo, y esto 2.000 años antes de que naciera el Mesías. Más tarde las profecías anuncian que el Mesías nacería de la familia real de David.

17 Pero antes que a David se había preanunciado o profetizado o vaticinado que el Mesías nacería de un hijo de Jacob, de Judá, que da el nombre a una región de Israel, Judea y que da el nombre al pueblo judío.

18 El quehacer o la figura del apóstol, la figura del Profeta, y la figura de maestro o doctor, las recoge la Didajé y los hombres que gozan de este carisma tendrán la misión, la gracia, el carisma de predicar la palabra, de cimentar la Iglesia.

Por su vida conocerás al verdadero Profeta

1 La Didajé una vez más la hallamos situada entre el Nuevo Testamento y el desenvolvimiento ulterior de la Iglesia. Cierto es que el profeta todavía es un alto personaje a quien se rodea de veneración y estima; pero en la Didajé ya se da la voz de alerta contra trapisondistas y falsarios.

2 La homilía entonces y ahora supone un texto sagrado que se lee en alta voz y se comenta y sabemos por Sn. Justino que se tomaba de los profetas y de los *«Recuerdos de los apóstoles»*, que son los Evangelios. Los hechos y dichos del Señor Jesús.

3 La profecía, en cambio, era una alocución más inflamada y apasionada y espontánea, como de quien se supone que habla movido e impulsado por el Espíritu Santo.

4 Pero no todo el que se decía profeta y hablaba lo hacía movido por el Espíritu Santo. La Didajé da la voz de alerta contra farsarios y trapisondistas.

5 *«No todo el que habla en espíritu es profeta, sino el que tiene las costumbres del Señor. Por sus costumbres, pues, se conocerá el falso y el verdadero profeta». Ya lo dice el Señor en el Evangelior «Por sus frutos los conoceréis» Mt. 7,16.*

6 En el siglo siguiente, Hermas, en el «Pastor» sienta el mismo principio. *«¿De qué manera, pues -le dije-, se reconocerá cuál es el falso y el verdadero profeta?» «Escucha -me contestó-, y de la manera que voy a decirte, así examinarás al verdadero y al falso profeta: Por su vida has de probar al hombre que tiene espíritu divino». Mand. 11,7.*

7 También Sn. Juan, anteriormente, había dado la voz de alerta contra los pneumáticos: *«No creáis a todo espíritu,*



sino examinad si los espíritus son de Dios, pues muchos falsos profetas han salido al mundo», 1ª 4,1.

8 Hubo profetas que se dieron a las correrías y al vagabundeo y a vi-vir, predicando y profetizando a sueldo. Los pseudo profetas pu-lularon entre las sectas en el siglo II. Hermas nos presenta a uno de éstos sentado en su cátedra en Roma, rodeado de un auditorio de fieles, antes necios que malvados.

9 Pero también la verdadera profecía seguía viviendo en la Iglesia. El mismo Hermas es un profeta. Es más, Hermas, como la Didajé, parece seguir en más estima al profeta que al presbítero.

10 Los grandes obispos llamados Ignacio y Policarpo aparecen dotados del carisma profético. Sn. Justino, en su polémica con el judío Trifón, apela al argumento del carisma profético, vivo en la iglesia y ausente en Israel.

11 *«Entre nosotros, aún hasta el presente, se dan los carismas proféticos. Por donde hasta vosotros tenéis que daros cuenta de que los que en otros tiempos se daban entre vosotros han pasado a nosotros». Diálogo 82.*

12 Sobre el año 180 Sn. Ireneo atestigua el mismo hecho. *«Con frecuencia oímos hablar de hermanos que tienen en la iglesia el carisma profético, y que por la virtud del Espíritu Santo, hablan todo género de lenguas y, con miras a la utilidad, manifiestan los secretos de los hombres e interpretan los misterios de Dios».*

13 Montano, con sus éxtasis y sueños sobre el paraíso y la Jerusalén celeste, y su séquito de profetisas, desacreditaron la profecía y pusieron en guardia a la Iglesia contra sus aberraciones.

14 Pues, no obstante, ni en la crisis montanista se niega la autoridad profética, sino los desvaríos de los falsos profetas y las falsas profecías.

15 No es cierto, pues, que la profecía muriera con el nacimiento de la iglesia católica. La profecía no sólo no murió con el nacimiento de la iglesia, sino que bien se puede afirmar que la verdadera profecía no morirá nunca, pues ello equivaldría a la muerte de la misma Iglesia. Lo que sí debe morir y para siempre es el embuste, la mentira, el engaño y la falsa y farsante profecía.

16 El espíritu ciertamente no debe extinguirse, ni el espíritu de profecías tampoco. Siempre serán convenientes y necesarios hombres de espíritu. La iglesia hoy necesitaría de auténticos y verdaderos profetas que nos despertaran de este letargo en que hemos caído una buena parte de cristianos. Son convenientes y necesarios los verdaderos y auténticos profetas y siempre lo serán.

17 Pero junto con la profecía es necesaria, con necesidad ineludible, una inspección, un discernimiento de espíritus que discierna y descubra los falseamientos y tramoyas.

18 El mismo Sn. Pablo en su carta los Corintios, *1ª Co.* 12,10, junto al don de profecía pone el don de discernimiento de los espíritus.

19 Sin duda alguna que la Iglesia quiere el profetismo y quiere los profetas; pero profetas al estilo de Isaías, Jeremías, Ezequiel, Daniel, Juan el Bautista. Profetas, fieles imitadores del gran profeta, Jesús.

Equilibrio preciso en la Didajé

1 Esta obra de discernimiento de espíritus se fue realizando en la Iglesia con más o menos rapidez, bajo la inmediata y discreta vigilancia de los apóstoles, hombres como eran, a la vez carismáticos y de autoridad.

2 Cierto que las Iglesias de Jerusalén, de Corinto, de Antioquía y de tantas otras, fueron removidas, agitadas y convulsionadas por estos hombres carismáticos impulsados por el Espíritu.

3 Pero no es menos cierto que, desde los mismos albores de la Iglesia. vemos aparecer los presbíteros y ancianos. Los obispos, vigilantes o inspectores.

4 Las mismas comunidades sienten la necesidad de que todas las funciones que fueran de suyo transitorias, apóstoles, profetas y doctores inspirados o no, se fueran sometiendo a la vigilancia y discreción de obispos, sacerdotes y diáconos, establecidos de asiento en la comunidad y asistidos también por el Espíritu Santo.

5 La Didajé participa de uno y otro movimiento. La Didajé está a caballo entre una y otra forma. En la Didajé se da o se apunta ese tránsito de su primer Pentecostés, de efusión torrencial del Espíritu, a la vida pacífica, ordenada, extendida, de manso fluir por el cauce ordenado de la jerarquía establecida por el mismo Jesús, administradora de la palabra y de los sacramentos, no menos que de los bienes materiales de la Iglesia.

6 Es verdad que las indicaciones en la Didajé, en relación con la jerarquía estable, no pueden ser más escuetas. Pero ellas bastan, no obstante, para atestiguar que están en la línea de desenvolvimiento que años más tarde nos muestra ya la organización definitiva que muestra ya el ilustre y

firme testimonio de Sn. Ignacio mártir. Este es el venerable texto:

7 *«Elegíos, pues, para vosotros mismos, inspectores y ministros –obispos y diáconos– que sean dignos del Señor, hombres mansos y desinteresados, y verdaderos, y probados; porque también ellos os administran el misterio o servicio de los profetas y de los maestros. No los despreciéis, por tanto, pues ellos son los honrados, entre vosotros, juntamente con los profetas y maestros».*

8 A primera vista parecería que obispos y sacerdotes estarían por debajo de este personal itinerante de apóstoles, profetas y maestros o doctores, de todo este personal itinerante que arrebata a la muchedumbre con sus elocuentes sermones, alocuciones impulsadas por la fuerza del espíritu; pero en realidad estos ministros ordinarios como eran obispos, presbíteros y diáconos, como cabeza que son, indiscutiblemente, de la comunidad, a ellos están, en definitiva, sujetos apóstoles, profetas, maestros y peregrinos venidos de donde vinieren.

9 Pues es la Didajé, este pequeño librito tantos siglos desconocido e ignorado, el que nos narra con mucho equilibrio el hilo conductor para no desviarse ni a izquierda ni a derecha.

10 No a todo el que llegue a la comunidad hay que recibirle sin más. No a todo el que hable en espíritu hay que escucharle sin discernir. No a todo el que se arrogue autoridad, en nombre de Dios, habrá que obedecerle a ojos cerrados.

11 Esta comunidad tiene bien cogido ya el Evangelio de Jesús, conforme al cual ha de obrar. Esta comunidad de la Didajé tiene ya una tradición que guardar. Esta comunidad de la Didajé tiene una piedra de toque para probar a maestros y profetas..

12 Estos cristianos tienen ya una andadura de vida cristiana que hay que continuar, fomentar, cultivar y desarrollar.

Nosotros en nuestra oración al Señor decimos: Danos santos, suficientes y competentes obispos y sacerdotes. La Didajé, en frase de Sn. Ignacio mártir, dice: *«Elegíos, pues, inspectores y ministros, que sean dignos del Señor».*

13 Las cualidades que exige la Didajé a los elegidos están en consonancia con sus funciones, con las funciones que han de desempeñar. Deben ser dignos del Señor, pues son ministros del sacrificio eucarístico. Deben ser dignos, pues han de gobernar a hermanos en la fe.

14 Han de gobernar a hermanos en la fe, pero llegado el caso, si llega el caso, han de corregirlos también. Pero la corrección no la hará con ira, sino con paz, con mansedumbre, como consta en el Evangelio, que es el punto de mira.

15 Los elegidos, los futuros candidatos, han de ser verdaderos y probados, desinteresados en lo económico, pues a ellos revierte el ministerio ordinario de la palabra, ejercido carismáticamente por apóstoles, profetas y doctores o maestros; deben ser desinteresados porque ellos administran los bienes materiales de la comunidad.

16 La Didajé no distingue en su nomenclatura a obispos y presbíteros, nombres que han de tardar en precisarse en la lengua de los primeros documentos eclesiales.

Emerge con todo relieve la figura del obispo

1 El pueblo israelita, el pueblo judío, a lo largo de cientos y cientos de años, ha tenido para su gobierno su senado, su consejo de ancianos, su Sanedrín para el gobierno espiritual y material del pueblo escogido de Dios. Tal gobierno lo llevaba la sinagoga.

2 De estas instituciones se cree que tomaron pie los apóstoles para la primera organización de las Iglesias. Jesús ha hecho las grandes revelaciones, ha dado doctrina, ha puesto unos grandes principios, ha puesto los cimientos, las grandes líneas. A los apóstoles y presbíteros les corresponde edificar sobre esos fundamentos o principios.

3 Los presbíteros forman un cuerpo o colegio llamado presbíterio o senado, institución que conocen ya las cartas pastorales, *1 Tm. 4,14*.

4 Con razón podemos suponer que la Iglesia de la Didajé está gobernada por presbíteros-obispos, gobernada por un presbitero, y asistidos también para la administración temporal, obras de caridad y aun para el ministerio de la palabra, la asistencia litúrgica. Para todo esto estaba otro cuerpo de diáconos o ministros.

5 Concluyendo –escribe un historiador de la Iglesia– si se considera en su conjunto esta jerarquía eclesiástica de la segunda mitad del siglo primero, que nos describe la Doctrina de los doce apóstoles, se nos presenta, como casi siempre, en un continuo movimiento.

6 *«El apóstol, el profeta, el maestro, en una palabra, el ministro itinerante, ocupa la escena con más frecuencia que el clero sedentario, y sin embargo, le incumbe el cargo de vigilarle e inspeccionarle, aprobarle o delatarle, si fuera preciso».*

7 *«El misionero itinerante es de más viso que el presbítero y que el obispo. En torno al misionero se agolpan las muchedumbres; a él van las ofrendas del pueblo; el profeta interviene más de una vez en el servicio divino».*

8 *«Pero a medida que las Iglesias particulares se organizan de ma-nera más estable, la autoridad del obispo emerge con más relieve. Pronto habrá absorbido el obispo en su función pastoral todas las del profeta, apóstol y maestro. En el siglo segundo, éstas desaparecerán de la jerarquía, donde no habrán ocupado sino un punto de transición» F. Mourret o.c.p. 91,5.*

9 Se impone el que nos preguntemos cuál era su doctrina, qué creían estos remotos hermanos nuestros de la segunda mitad del siglo primero. A primera vista la Didajé es una seca, exigente y tajante enumeración de preceptos y normas. Normal que fuera así. Tenía que ser así.

10 Hace poco vivía aún el Maestro. La tierra aún estaba caliente de la presencia del Rabí de Nazaret. La sacudida que ha llevado el pueblo de Israel ha sido única. Los hechos, los acontecimientos, están recientes. Los apóstoles, el grupo de los doce, han muerto todos ellos mártires de la misma causa. Tal vez viva todavía alguno, así, al menos, se cree.

11 Los preceptos de la Didajé, las exigencias morales de la Didajé, tenían que ser así. Se trata de seguir al Maestro, se trata de cumplir su voluntad. Aquellos cristianos estaban dispuestos a todo por seguir a Jesús.

12 Cierto, la Didajé tiene una enumeración de preceptos morales rígidos, exigentes, pero toda doctrina moral supone un dogma y la doctrina de fe de la Didajé es tanto más preciosa en cuanto toda ella se da por supuesta, está firmemente constituida, es roca inamovible, no sacudida por las especulaciones y discusiones. Es que Jesús es el indiscutible.

13 Esta roca inamovible, viva, infalible, sobre la que asienta su fe el cristiano de la Didajé, es Jesús de Nazaret. La caridad entre amos y esclavos se funda en que unos y otros esperan en el mismo Dios, que no vino a llamar según la calidad de las personas, sino a aquellos que preparó el Espíritu Santo.

14 Este Dios común de amos y esclavos cristianos es Jesucristo. Su palabra evangélica es tan normativa como la del Dios de Israel en el Aniiguo Testamento. En el Evangelio Jesús nos ha enseñado cómo debemos hacer nuestros ayunos, limosnas, oraciones; *«todas nuestras acciones han de cumplirse conforme lo tenemos en el Evangelio»* 15,4.

15 El que para los gentiles era el día del sol y para los judíos primer día de la creación, para el cristiano es el día del Señor, en el que se congregan para conmemorar, con la celebración eucarística, la muerte y resurrección del Señor Jesús.

16 Todos los dones espirituales por los que se da gracias al Padre nos han venido por Jesús y por Jesús se le tributa al Padre la gloria y el poder por los siglos. Es la fe y doctrina de la comunidad.

Verdades dogmáticas en la Didajé

1 El cristiano de la Didajé cree con firmeza que Jesús es el camino para llegar al Padre. La fe de estos cristianos es de limpia y pura esencia evangélica. El cristiano de la Didajé cree que Dios es nuestro Creador, nuestro Hacedor, y nuestro primer deber es amarle con todo el corazón; es nuestro deber primordial.

2 Dios es no sólo nuestro Hacedor; Dios es nuestro Padre por excelencia en el limpio y puro sentido evangélico de la palabra. Es la gran revelación hecha por N. Señor Jesucristo. Esto es desconocido en el Antiguo Testamento y a N. Señor Jesucristo, que se declaró Hijo de Dios y llamó a Dios su Padre, le costó la vida o la muerte.

3 Adoctrinadas estas primitivas comunidades por la doctrina y revelación de Jesús y de los apóstoles, están firmemente persuadidas de que Dios es no sólo el Padre del Rabí de Nazaret; también es su Padre.

4 Esto es inaudito; esto es asombroso; esto es abrumador para ellos y para nosotros. Dios es nuestro Padre. Jesucristo es nuestro hermano mayor. Somos coherederos con Jesús aquellos cristianos y nosotros de la riquísima herencia del Padre, y su herencia no es distinta de su misma esencia. Dios nuestro; nuestro Padre y Padre de aquellos remotos y próximos hermanos nuestros.

5 Esta es la fe de aquellos cristianos. Esta es la riquísima dogmática de la comunidad de la Didajé: Pasará el cielo, pasará la tierra. Estas verdades no pasarán. Son verdades tan firmes como Dios que las garantiza. Dios es nuestro Padre.

6 Según la Didajé hemos de ser largos y liberales en el dar porque el Padre así lo quiere. La idolatría y la blasfemia están puestas entre los más graves pecados. Nada sucede

sin la ordenación o consentimiento o disposición del Padre.

7 La palabra de Dios la consideran de grandísimo valor y la tienen en una estima muy elevada. Al que la predica le veneran como enviado de Dios que es. El esclavo ha de ver a Dios en su amo, pero el amo ha de ver a Dios en el esclavo. Son hijos del mismo Padre. Están destinados a la bienaventuranza eterna.

8 Siguiendo la doctrina y la fe de la Didajé, el niño, aún antes de nacer, es criatura y obra de las manos de Dios y por lo mismo el aborto es un crimen. El que enseña doctrina fuera de la doctrina cristiana enseña fuera de Dios.

9 Una de las grandes y trascendentes verdades reveladas y enseñadas hasta la saciedad por N. Señor Jesucristo es que Dios, Dios es nuestro Padre y que nos ama como le ama a Él mismo. Verdad sublime que la Didajé acepta como un tesoro a nada ni a nadie comparable.

10 Otra de las grandes verdades reveladas por N. Señor Jesucristo es la Trinidad de Personas Divinas en Dios. En Dios N. Señor se dan, existen tres Personas Divinas: Padre, Hijo y Espíritu Santo.

11 Dios es una Trinidad de Personas Divinas, y el bautismo se administra en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo. A Dios padre por mediación de Jesús, su siervo, se dirige la oración de aquellos cristianos conforme a la cristiana tradición.

12 Al Espíritu Santo se atribuye la inspiración y acción sobre los profetas y el anónimo catequista sabe muy bien por el Evangelio que el pecado contra Él no tiene remisión.

13 La profecía de Malaquías sobre el sacrificio limpio y santo, ofrecido a Dios en todo lugar, se atribuye al Señor en el *c. 14,3,* lo que equivale a un reconocimiento de la preexistencia y Divinidad de Jesús.

14 La verdad del Misterio Trinitario, la revelación de la existencia del Misterio Trinitario, preparada ya en el Antiguo Testamento y repetidas veces manifestado por Jesús, es otra de las verdades dogmáticas firmemente cogida por la Didajé.

15 La comunidad de la Didajé es la comunidad, es la congregación, es la familia-hogar de todos los santos, de todos los cristianos y cristiana debe ser toda la humanidad. Ser cristiano es sinónimo de ser santo, *10,6* de la Didajé.

16 Según la Didajé, en esta comunidad todos son hermanos, pues todos participan de los mismos bienes inmortales y también han de entrar todos a la parte, por ley de caridad, en los bienes materiales.

Más verdades dogmáticas en la Didajé

1 La Didajé cree que la Iglesia es una, única y universal al mismo tiempo. Cree en la unidad y en la universalidad de la Iglesia. Son verdades todas ellas las que cree la Didajé enriquecedoras de nuestro riquísimo dogma, que se irá acrecentando a lo largo de los siglos y lo ancho de los continentes.

2 Fe en la unidad y universalidad de la Iglesia. Son verdades sabidas del Evangelio de Jesús y reveladas y dadas a conocer por Jesús reiteradamente. Con fresca, limpia y bella imagen ruega el orante de la Didajé:

3 *«Como este trozo de pan estaba de primero esparcido sobre los montes, y reunido se hizo uno, así sea reunida tu Iglesia de los confines de la tierra en tu reino. Porque tuya es la gloria y el poder por Jesucristo para siempre». 9,4.*

4 Según la Didajé, el reino de Dios está preparado para la Iglesia y en este reino congregará el Señor, de los cuatro vientos de la tierra, a su Iglesia libre de todo mal, acabada en el amor y limpia, y pura e inmaculada. *Mt. 25,34*. Escuchad la siguiente oración en la Didajé.

5 *«Acuérdate, Señor, de tu Iglesia, para librarla de todo mal y congregarla en el amor, y reunirla de los cuatro vientos en tu reino, una vez santificada. Porque tuyo es el poder y la gloria». c. 10,5* de la Didajé.

6 ¿Dónde podríamos encontrar algo tan ardiente, tan bello, tan íntimo y piadoso al mismo tiempo? ¿Dónde encontrar una fusión tan llena del sentido de la unidad y de la universalidad de la Iglesia?

7 Habrá que acudir a las epístolas de Sn. Pablo o a los discursos de Sn. Juan en el cuarto Evangelio, estuviera o no estuviera escrito cuando se redacta y escribe la Didajé.

8 Esta fe de la Didajé en sus oraciones supone un conjunto riquísimo de verdades dogmáticas reveladas por el Rabí de Nazaret: Unidad y Unicidad de Dios. Trinidad de Personas Divinas. Unidad, Santidad, Catolicidad o Universalidad de la Iglesia. Creen en la Eucaristía, en la Confesión. Creen en la Resurrección, en la vida eterna y bienaventurada, en el Cielo eterno etc, etc.

9 La fe, la vida, el obrar del cristiano de la Didajé está transida y penetrada por un sentimiento, ansia y anhelo por la venida en gloria del Señor Jesús. Nosotros, cristianos del siglo XX, hemos perdido también este deseo y este anhelo. Nos estamos acostumbrando a no necesitarle, a vivir sin Él.

10 En aquella primitiva comunidad había un ardiente deseo por la venida en gloria del Señor Jesús. El Espíritu y la Esposa tiene expresiones que recoge el Apocalipsis contemporáneo de la Didajé y que se vivían en aquella comunidad.

11 *«El Espíritu y la Esposa dicen: Y el que oye, diga: Ven. Y el que tenga sed, venga; y el que quiera, tome el agua de la vida de balde...»* Dice el que atestigua estas cosas. Si, vengo pronto amen. Ven, Señor Jesús. *Apc. 22,17 ss.*

12 Tal vez grupos de cristianos aislados fueran en esta creencia más allá de lo que permiten los datos revelados y Dios lo permitiera así para desprender a los cristianos de la Iglesia de la Didajé, y de la Iglesia Apostólica en general de los bienes temporales.

13 De hecho Sn. Pablo tendrá que hacer colectas en las Iglesias procedentes de la gentilidad para atender la penuria de los cristianos de Jerusalén que se habían despojado de todo por amor al Reino.

14 Tal vez esta fe, esta creencia en la próxima venida del Señor, que el Señor había dejado en la indeterminación de los siglos, fue más allá de lo debido. De hecho no fue cre-

encia generalizada. Sn. Pablo tendrá que decir que el que no quiera trabajar no coma.

15 El cristiano de la Didajé cree, espera, y desea ardientemente la venida del Señor. Sin embargo en la ordenación de la vida y de la Iglesia ahí está todo el capítulo 13 de la Didajé que no tiene nada de escatológico; léase despacio y se verá que, si la mente y el corazón lo tenían en el Señor Jesús, con los pies pisaban en el suelo.

16 *«La más estrecha unión con Cristo y la plena posesión de su reino eran los verdaderos motivos de fervor de estos cristianos. La creencia en la proximidad de la Parusía no era sino la manifestación exagerada de la firmeza de su esperanza. En definitiva ese ascetismo primitivo se inspiraba o se apoyaba en la fe y en la esperanza más viva; la moral era verdaderamente, como debe serlo siempre, el coronamiento del dogma».* F. Cayré.

Patria de la Didajé

1 Debemos preguntarnos en primer lugar quién es el autor de la Didajé. Quién es el autor de este precioso resumen de la doctrina cristiana en los mismos albores de la Iglesia.

2 La Didajé es uno de aquellos libros que trabajó durante cierto tiempo por ingresar en el canon de los Libros Sagrados, pero no lo consiguió. Si lo hubiera conseguido, lo hubiera escrito inspirado por el Espíritu Santo, pero seguiríamos también en este caso sin saber quién era su autor, aunque hubiera estado inspirado.

3 Pero, ¿habrá estado inspirado el autor, aunque el libro no pertenezca al canon de los Libros Sagrados? A mi parecer no hay dificultad en admitirlo. Un libro como éste, en aquellos tiempos, en aquel ambiente y circunstancias, no le escribe cualquiera, pero tampoco lo podemos afirmar.

4 Lo que así afirma un autor cualificado, G. Bardy, en su resumen de literatura Greco-Cristiana, en que habla de la Didajé es lo siguiente:

5 *«La Didajé constituye para nosotros el más precioso documento que nos ha llegado sobre la vida interior de las comunidades primitivas o, por lo menos, de alguna de ellas».* Hermoso párrafo de Bardy, se lo agradecemos, pero seguimos sin saber el autor. Y es que no se sabe, y posiblemente no lo sabremos nunca. Tampoco lo sabemos de varios libros del canon de Libros Inspirados.

6 Se han hecho conjeturas, pero sólo son conjeturas, opiniones, pareceres más o menos fundados, pero solo eso. Lo que sí puede y debe afirmarse es que el autor estaba profundamente informado del Evangelio, que iba a ser herencia de las naciones.

7 El autor, en perfecta consonancia con los tiempos apostólicos en los que le toca vivir, unas veces toma las enseñanzas del Antiguo Testamento y otras del Nuevo; procede por lo general por alusiones, no por citas literales; Sn. Mateo no entra en esta norma general.

8 Es un libro escrito con firmeza, con seguridad, con un sorprendente tono de aseveración, sin reserva, sin restricción ni vacilación en lo que ordena, afirma, o manda.

9 Sin embargo el autor no se presenta como depositario de la revelación, sino mero transmisor de una doctrina firme, indubitable ya recibida. Supone un autor que puede hablar con autoridad.

10 Resumiendo, concretando y sintetizando: No sabemos quién fue el autor de este preciosísimo libro llamado Didaché-Didajé. No conocemos el autor, pero tampoco sabemos el lugar de composición.

11 ¿Cuál es la patria donde la Didajé se escribió? ¿Dónde situar la Iglesia de la Didajé? La respuesta es que lo ignoramos también. Ignoramos el autor e ignoramos el lugar de origen donde se escribió.

12 Afirmar que se escribió en Egipto, en Alejandría, sin otras razones para ello que la estima que tuvieron a la Didajé los grandes alejandrinos Clemente y orígenes, no parece sea razón suficiente y convincente para ello, aunque alguien así lo afirmara.

13 Parece, sea más probable, parece gozar de más visos de probabilidad poner la Didajé en Siria o Palestina. Cierto que la jerarquía en la Didajé está en un bajo grado que apenas nos hace sospechar en férrea estructuración que años adelante afirmará Sn. Ignacio Mártir; pero no hay contradicción y está en su línea de desarrollo y progreso.

14 Antioquía es la comunidad, es la Iglesia de Apóstoles, profetas y Maestros Doctores *Act. 13,1* Por ninguna Iglesia

como por Antioquía pasaron tantos predicadores ambulantes de algunos de los cuales dice la Didajé, con expresión fuerte y enérgica, son *«traficantes de Cristo»*.

15 En Antioquía son llamados por primera vez los seguidores de Jesús cristianos, título que no aparece en los Padres Apostólicos, fuera de Sn. Ignacio Mártir, que es antioqueno. Pero efectivamente: no son argumentos firmes para afirmar que la patria de la Didajé es Antioquía.

16 Cierto que el *c.12,3* dice así: *«Si el peregrino que quiera establecerse entre vosotros no sabe ningún oficio, proveed según vuestra prudencia, de modo que ningún cristiano viva entre vosotros ocioso»*. Podrían agruparse otros indicios. Ninguna otra región fuera de Antioquía en Siria y Palestina lo ha reclamado.

17 En la biblioteca patriarcal de Jerusalén está el códice griego 54 en que fue descubierto el texto de la Didajé. Este códice contiene obras preferentemente de autores antioquenos o al menos se les atribuyen. No podemos demostrar que sea de Antioquía. Tampoco lo podemos negar. Las mas probabilidades están por Antioquía.

Fecha de composición

1 Ignoramos el autor. Ignoramos la patria. Ignoramos también la fe-cha de composición de la Didajé. Los críticos la sitúan entre me-diados del siglo primero, hasta el siglo tercero lo retrotrae alguno.

2 Sin embargo, cualquiera que lea la Didajé detenidamente y vea su contenido no se atreve a sacarle del siglo primero. Solamente algún exagerado la ha pospuesto hasta el siglo tercero. La realidad es que debió escribirse antes del año 70 en que cesa la actividad judaizante sobre las comunidades cristianas.

3 Razones para afirmar que la Didajé debió escribirse antes del año setenta: Ha cesado la actividad judaizante sobre las comunidades cristianas. El arcaísmo de la obra salta a la vista, es evidente. La prohibición rigurosa de comer carne sacrificada a los ídolos, cuando se sabe que el concilio de Jerusalén no dejó rastro de esto. A Jesús se le llama aún el siervo de Dios como en el discurso de Pedro, *Act. 4,30.*

4 En la Didajé no se hace mención, no hay reliquias de las herejías que pululan entre las cristiandades de primeros años del siglo segundo que visita Sn. Ignacio en su marcha triunfal hacia el martirio.

5 En la Didajé hay una fe viva en la venida del Señor, comparable a la fe de algunas comunidades paulinas. Sin embargo la descripción final que hace nos inclina a creer que el autor no ha visto la ruina de Jerusalén en el año 70.

6 La jerarquía en la Didajé hemos visto que no está aún organizada; se encuentra en su etapa de tránsito del hervor carismático a la organización estable de los ministros de la palabra y del gobierno.

7 Por todas las razones expuestas Daniel Ruiz Bueno, en su introducción a los Padres Apostólicos, de donde están tomados muchos de estos datos, se inclina a poner la fecha de composición a los alrededores del año 70.

8 La Didajé no tiene forma literaria; no pertenece a ningún grupo literario. La lengua y el estilo de la Didajé es de sencillez y evidencia inmediata. Ruiz Bueno dice que podría definirse como estilo y lengua catequética en que primero se enseñó la doctrina cristiana.

9 ¿A qué estilo pertenecen los Evangelios y los mismos Padres Apostólicos? Ni los Evangelios, ni los Padres Apostólicos, ni la Didajé pertenecen a ninguna clase de literatura, no hacen literatura, no se valen de formas literarias propiamente dichas y por lo mismo no han formado base en su ulterior desenvolvimiento en la historia de la literatura cristiana.

10 En estas obras las palabras no aspiran más que a ser expresión del pensamiento, expresión de lo que se lleva en el alma. Y esto tanto en la Didajé, como en los Padres Apostólicos, como en el Evangelio. Aquí no hay artificio, no hay retórica, no hay fingimientos.

11 Pero nos gustaría hacer en alto esta pregunta que se hace y contesta Daniel Ruiz Bueno en su introducción a la Didajé. *¿«Y no es acaso un arte sumo aquel en que la palabra no aspira a más que ser expresión simple y pura del pensamiento, o por mejor decir, del alma entera»?*

12 *«Sí lo es, a condición de que haya en el escritor un pensamiento y un alma capaz de transfundirse entera en la palabra. Y no hay duda de que la palabra de la Didajé lleva algo del alma cristiana, grave y profunda a par de ferviente y elevada del anónimo catequista que la redactara. Este catequista escribe como manda él que hable el cristiano».*

13 *«La literatura cristiana no tiene valor sino en cuanto permanece indiferente a la literatura. Mientras los cristianos no han buscado agradar, han producido obras de interés, por haber trasladado a ellas lo mejor de su alma».*

14 *«Desde el momento que se han dejado ganar del deseo de sorprender o maravillar, o simplemente, un supuesto ideal artístico, han caído en la insipidez y en la esterilidad». G. Rardi o.c. p.14.*

15 En la Didajé, como en los Padres Apostólicos no hay deseos de agradar, de sorprender o de maravillar; no se pretende hacer literatura; no se sujetan a ninguna norma, sino simplemente que las palabras sean portadoras de las ideas que siente el corazón y se llevan en el alma.

16 De esta sencillez salió la gran era de los mártires. De esta sencillez salió la gran siembra de los tres primeros siglos que apenas si han tenido semejanza en la historia de la Iglesia.

DOCTRINA DE LOS DOCE APOSTOLES

Doctrina del Señor a las naciones por medio de los apóstoles

CAPITULO I

Los dos caminos

1 Dos caminos hay, uno de la vida y otro de la muerte; pero grande es la diferencia que hay entre estos dos caminos.

Camino de la vida

2 Ahora bien, el camino de la vida es éste: En primer lugar, amarás a Dios, que te ha creado; en segundo lugar, a tu prójimo como a ti mismo. Y todo aquello que no quieres que se haga contigo, no lo hagas tú tampoco a otro.

La perfección evangélica

3 Mas la doctrina de estas palabras es como sigue: Bendecid a los que os maldicen y rogad por vuestros enemigos y aún ayunad por los que os persiguen. ¿Pues qué gracia tiene que améis a los que os aman? Mas vosotros amad a los que os aborrecen y no tendréis enemigos.

4 Apártate de los deseos carnales y corporales.

Si alguno te da una bofetada en la mejilla derecha, vuélvele también la otra y serás perfecto. Si alguno te fuerza a ir con él el espacio de una milla, acompáñale dos. Si alguien te quitare el manto, dale también la túnica.

Si alguno se te lleva lo que es tuyo, no se lo reclames; pues tampoco puedes.

La limosna

5 A todo el que te pide dale y no se lo reclames; pues el Padre quiere que a todos se les dé de sus propios dones. Bienaven-

turado el que, conforme al mandamiento, diere, pues es inocente. Pero ¡Ay del que recibe! Pues si recibe por estar necesitado, será inocente; mas el que recibe sin sufrir necesidad, tendrá que dar cuenta porqué recibió y para qué. Será puesto en prisión, se le examinará sobre lo que hizo y no saldrá de allí hasta haber pagado el último cuadrante.

6 Mas también acerca de esto fue dicho: Que tu limosna sude en tus manos, hasta que sepas a quien das.

CAPITULO II

El Segundo mandamiento

1 Segundo mandamiento de la Doctrina.

2 No matarás, no adulterarás, no corromperás a los jóvenes, no fornicarás, no robarás, no practicarás la magia ni la hechicería, no matarás al hijo en el seno de la madre, ni quitarás la vida al recién nacido, no codiciarás los bienes de tu prójimo.

3 No perjurarás, no levantarás falso testimonio, no calumniarás, no guardarás rencor.

4 No serás doble ni de mente ni de lengua; porque la doblez es lazo de muerte.

5 Tu palabra no será mentirosa ni vacía, sino cumplida por la obra.

6 No serás avariento, ni ladrón, ni fingido ni malicioso ni soberbio. No tramarás designio malo contra el prójimo.

7 No aborrecerás a ningún hombre, sino que a unos los arguirás, a otros los compadecerás; por unos rogarás, a otros amarás más que a tu propia alma.

CAPITULO III

Apártate del mal

1 Hijo mío, huye de todo mal y de cuanto se asemeje al mal.

2 No seas iracundo, porque la ira conduce al asesinato. Ni envidioso, ni disputador, ni acalorado, pues de todas estas cosas se engendran muertes.
3 Hijo mío, no seas codicioso, pues la codicia conduce a la formicación. Ni deshonesto en tus palabras, ni adúltero en tus ojos, pues de todas estas cosas se engendran adulterios.
4 Hijo mío, no seas adivino, pues la adivinación conduce a la idolatría. Ni encantador, ni astrólogo, ni purificador, ni quieras ver ni oír esas cosas; pues de todas estas cosas se engendra idolatría.
5 Hijo mío, no seas mentiroso, pues la mentira conduce al robo. Ni avaro ni vanaglorioso, pues de todas estas cosas se engendran robos.
6 Hijo mío, no seas murmurador, pues la murmuración conduce a la blasfemia. Ni arrogante, ni de mente perversa, pues de todas estas cosas se engendran blasfemias.

Haz el bien

7 Sé, en cambio, manso, pues los mansos heredarán la tierra.
8 Sé paciente y compasivo y sincero y tranquilo y bueno y temeroso en todo tiempo de las palabras que oíste.
9 No te exaltarás a ti mismo ni consentirás a tu alma temeridad. No se juntará tu alma con los altivos, sino que conversarás con los justos y los humildes.
10 Recibirás como bienes los acontecimientos que te sobrevengan, sabiendo que sin la disposición de Dios nada sucede.

CAPITULO IV

Deberes para con la comunidad cristiana

1 Hijo mío, te acordarás noche y día del que te habla la palabra de Dios y le honrarás como al Señor. Porque donde se anuncia la majestad del Señor, allí está el Señor.

2 Buscarás cada día el rostro de los santos para descansar en sus palabras.
3 No fomentarás la escisión, sino que pondrás en paz a los que combaten. Juzgarás justamente, sin acepción de personas, para reprender los pecados.
4 No dudarás si será o no será.
5 No seas de los que extienden la mano para recibir y la encogen para dar.
6 Si adquieres algo por el trabajo de tus manos, da de ello como rescate por tus pecados.
7 No vacilarás en dar ni murmurarás mientras das, pues has de saber quién es el recompensador de tu limosna.
8 No rechazarás al necesitado, sino que comunicarás en todo con tu hermano y de nada dirás que es tuyo propio. Pues si os comunicáis en los bienes inmortales ¿Cuánto más en los mortales?

Deberes para con la familia cristiana

9 No levantarás la mano de tu hijo ni de tu hija, sino que desde su juventud les enseñarás el temor del Señor.
10 No mandarás con aspereza a tu esclavo ni a tu esclava, que esperan en el mismo Dios que tú, no sea que pierdan el temor de Dios que está sobre unos y otros. Porque no viene el Señor a llamar con miramiento de personas, sino a aquellos para quienes preparó su Espíritu.
11 Por vuestra parte, vosotros, esclavos, someteos a vuestros amos, como a imagen de Dios, con reverencia y temor.

Deber universal del cristiano

12 Aborrecerás toda hipocresía y todo lo que no sea agradable al Señor.
13 Mira, no abandones los mandamientos del Señor, sino que guardarás lo que has recibido, sin añadir ni quitar nada.

La Confesión de los pecados

14 En la reunión de los fieles, confesarás tus pecados y no te acercarás a la oración con conciencia mala.

Este es el camino de la vida.

CAPITULO V

El camino de la muerte

1 Mas el camino de la muerte es éste:

Ante todo, es camino malo y lleno de maldición: Muertes, adulterios, codicias, fornicaciones, robos, idolatrías, magias, hechicerías, rapiñas, falsos testimonios, hipocresías, doblez de corazón, engaño, soberbia, maldad, arrogancia, avaricia, deshonestidad en el hablar, celos, temeridad, altanería, jactancia.

Quiénes lo siguen

2 Este camino siguen los perseguidores de los buenos, los aborrecedores de la verdad, los amadores de la mentira, los que no conocen el galardón de la justicia, los que no se adhieren al bien y al justo juicio, los que veían y no para el bien, sino para el mal; los que están, lejos de la mansedumbre y la paciencia, amadores de la vanidad, buscadores de su paga, que no se compadecen del pobre, no sufren por el atribulado, no conocen a su Criador, matadores de sus hijos, corruptores de la imagen de Dios; los que rechazan al necesitado, oprimen al atribulado, abogados de los ricos, jueces injustos de los pobres, pecadores en todo. ¡Ojalá os veáis libres, hijos, de todos estos pecados!

CAPITULO VI

Preceptos y consejos

1 Vigila para que nadie te extravíe de este camino de la doctrina, pues te enseña fuera de Dios.

2 Porque, si puedes llevar todo el yugo del Señor, serás perfecto; pero, si no puedes todo, haz lo que puedas.
3 Respecto de la comida, observa lo que puedas; mas de lo sacrificado a los ídolos, abstente enteramente, pues es culto de dioses muertos.

CAPITULO VII

El Bautismo

a) Forma

1 Acerca del bautismo, bautizad de esta manera: Dichas con anterioridad todas estas cosas, bautizad en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo en agua viva.

b) Materia

2 Si no tienes agua viva, bautiza con otra agua; si no puedes hacerlo con agua fría, hazlo con agua caliente.
3 Si no tuvieres ni una ni otra, derrama agua en la cabeza tres veces en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo.

c) Preparación

4 Antes del bautismo, ayunen el bautizante y el bautizado y algunos otros que puedan. Al bautizando empero, le mandarás ayunar uno o dos días antes.

CAPITULO VIII

El ayuno cristiano

1 Vuestros ayunos no sean al tiempo que lo hacen los hipócritas, pues éstos ayunan el segundo y quinto día de la semana; vosotros, empero, ayunad el día cuarto y el de la preparación.

La oración cristiana

2 Tampoco oreis a la manera de los hipócritas, sino que, tal como lo mandó el Señor en el Evangelio, así oraréis:
Padre nuestro celestial,
santificado sea tu nombre,

venga tu reino,
hágase tu voluntad
como en el cielo, así en la tierra.
El pan nuestro de nuestra subsistencia dánosle hoy
y perdónanos nuestra deuda,
así como nosotros perdonamos a nuestros deudores,
y no nos lleves a la tentación,
mas líbranos del mal. Porque tuyo es el poder y la gloria
por los siglos.
3 Así oraréis tres veces al día

CAPITULO IX

La Eucaristía

a) Antecomunión

1 Respecto de la acción de gracias, daréis gracias de esta manera:
2 Primeramente sobre el cáliz:
Te damos gracias, Padre nuestro,
por la santa viña de David, tu siervo,
la que nos distes a conocer por medio de Jesús, tu siervo.
A ti la gloria por los siglos.
3 Luego sobre el fragmento
Te damos gracias, Padre nuestro,
por la vida y el conocimiento
que nos manifestastes por medio de Jesús, tu siervo.
A ti sea la gloria por los siglos.

b) Oración por la Iglesia

4 Como este fragmento estaba disperso sobre los montes y reunido se hizo uno.
Así sea reunida tu Iglesia
de los confines de la tierra en tu reino.
Porque tuya es la gloria y el poder
por Jesucristo eternamente

c) *«No déis lo santo a los perros»*

5 Que nadie, empero, coma ni beba de vuestra acción de gracias, sino los bautizados en el nombre del Señor, pues acerca de ello dijo el Señor: *«No deis lo santo a los perros».*

CAPITULO X

d) Postcomunión

1 Después de saciaros, daréis gracias así:

2 Te damos gracias, Padre santo,
por tu santo nombre,
que hicístes morar en nuestros corazones,
y por el conocimiento y la fe y la inmortalidad
que nos diste a conocer
por medio de Jesús tu siervo.
A ti sea la gloria por los siglos.

3 Tú, Señor omnipotente,
creaste todas las cosas por causa de tu nombre
y diste a los hombres
comida y bebida para su disfrute.
Mas a nosotros nos hiciste gracia de comida y bebida espiritual y de vida eterna por tu siervo.

4 Ante todo te damos gracias
porque eres poderoso.
A ti sea la gloria por los siglos.

e) Oración por la Iglesia

5 Acuérdate, Señor, de tu Iglesia
para librarla de todo mal
y hacerla perfecta en tu amor,
y reúnela de los cuatro vientos,
santificada,
en el reino tuyo, que has preparado.
Porque tuyo es el poder y la gloria por los siglos.

f) Anhelo del Señor

6 Venga la gracia y pase este mundo. Hosanna al Dios de
David. El que sea santo que se acerque. El que no lo sea
que haga penitencia. Maranathá. Amén

g) Los profetas

7 A los profetas permitidles dar gracias cuantas quieran.

La Unción

Respecto al óleo de la unción, daréis gracias de esta manera:
Te damos gracias, Padre nuestro,
por el óleo de la unción,
que tú nos manifestaste
por Jesucristo, tu siervo.
A ti sea la gloria por los siglos.

CAPITULO XI

Apóstoles y Profetas

a) Fidelidad a la doctrina

1 Ahora, todo el que viniere a vosotros y os enseñare todo lo
anteriormente dicho, recibidle.

2 Mas si, extraviado el maestro mismo, os enseñare otra
doctrina para vuestra disolución, no le escuchéis; si os
enseña, en cambio, para acrecentamiento de vuestra justi-
cia y conocimiento del Señor, recibidle como al Señor
mismo.

b) El apóstol itinerante

3 Respecto a apóstoles y profetas, obrad conforme a la doc-
trina del Evangelio.

4 Ahora bien, todo apóstol que venga a vosotros, sea recibi-
do como el Señor.

5 Sin embargo no se detendrá más que un solo día. Si hubiere
necesidad, otro más. Mas si se queda tres días es un falso
profeta.

6 Al salir el apóstol, nada lleve consigo, si no fuere pan, hasta nuevo alojamiento. Si pide dinero, es un falso profeta.

c) No juzgar al profeta

7 No tentéis ni examinéis a ningún profeta que habla en espíritu, porque todo pecado será perdonado, mas este pecado no será perdonado.

8 Sin embargo, no todo el que habla en espíritu es profeta, sino el que tiene las costumbres del Señor. Así pues, por sus costumbres se discernirá al verdadero y al falso profeta.

d) Otros signos de discernimiento

9 Además, todo profeta que manda en espíritu poner una mesa, no come de ella; en caso contrario, es un falso profeta.

10 Igualmente, todo profeta que enseña la verdad, si no practica lo que enseña, es un falso profeta.

11 En cambio, si un profeta se ha probado que es verdadero y se dedica al ministerio mundano de la Iglesia, pero sin enseñar a hacer lo que él hace, no será juzgado por vosotros, pues tiene su juicio con Dios. Así, en efecto, lo hicieron también los antiguos profetas.

12 Mas el que dijere en espíritu: *«Dame dinero»* o cosas semejantes, no le escuchéis. En cambio, si dijere que se dé a otros necesitados, nadie le juzgue.

CAPITULO XII

Peregrinos y vagos

1 Todo el que llegue a vosotros en el nombre del Señor, sea recibido; luego, examinándole, le conoceréis, pues tenéis inteligencia, por su derecha y por su izquierda.

2 Si el que llega es un caminante, ayudadle en cuanto podáis, sin embargo, no permanecerá entre vosotros más que dos días, o, si hubiere necesidad, tres.

3 Mas si quiere establecerse entre vosotros, teniendo un oficio, que trabaje y así se alimente.
4 Mas si no tiene oficio, proveed conforme a vuestra prudencia, de modo que no viva entre vosotros ningún cristiano ocioso.
5 Caso que no quisiere hacerlo así, es un traficante de Cristo. Estad alerta contra los tales.

CAPITULO XIII

Sustentos de Profetas y Maestros

1 Todo profeta verdadero que quiera morar de asiento entre vosotros, es digno de su sustento.
2 Igualmente, el maestro verdadero merece también, como el trabajador, su sustento.
3 Así, pues, tomarás toda primicia de los productos del lagar y de la era, de los bueyes y de las ovejas, y se las darás como primicias a los profetas, pues ellos son vuestros sumos sacerdotes.
4 Mas, si no tuviéreis profetas, dadlo a los pobres.
5 Si amasares pan, toma las primicias y dalas conforme a mandamiento.
6 Igualmente, cuando abrieres un cántaro de vino o de aceite, toma las primicias y dalas a los profetas.
7 Toma de tu plata y de tu vestido y de toda posesión las primicias, según te pareciese, y dalas conforme a mandamiento.

CAPITULO XIV

La celebración del día del Señor

1 Reunidos cada día del Señor, romped el pan y dad gracias, después de haber confesado vuestros pecados, a fin de que vuestro sacrificio sea puro.
2 Todo aquel, empero, que tenga contienda con su compañe-

ro, no se junte con vosotros hasta tanto no se haya reconciliado, a fin de que no se profane vuestro sacrificio.
3 Porque éste es el sacrificio del que dijo el Señor: «*En todo lugar y en todo tiempo se me ofrece un sacrificio puro, porque yo soy rey grande entre las naciones, dice el Señor, y mi Nombre es admirable entre las naciones*».

CAPITULO XV

Elección de obispos y Diáconos

1 Elegíos, pues, inspectores y ministros dignos del Señor, que sean hombres mansos, desinteresados, verdaderos y probados, porque también ellos os administran el ministerio de los profetas y maestros.
2 No los despreciéis, pues, porque ellos son los honrados entre vosotros, juntamente con los profetas.

La corrección fraterna

3 Corregíos los unos a los otros, no con ira, sino con paz, como lo tenéis en el Evangelio. Nadie hable con quienquiera se enemista con otro ni oiga palabra vuestra hasta que se arrepintiere.

El Evangelio, norma de vida

4 Respecto de vuestras oraciones, limosnas y todas las demás acciones, las haréis conforme lo tenéis mandado en el Evangelio de N. Señor.

CAPITULO XVI

El fin de los tiempos.

a) Vigilancia

1 Vigilad sobre vuestra vida; no se apaguen vuestras linternas ni se desciñan vuestros lomos, sino estad preparados, porque no sabéis la hora en que va a venir vuestro Señor.

2 Reuníos con frecuencia, inquiriendo lo que conviene a
vuestras almas. Porque de nada os servirá todo el tiempo
de vuestra fe, si no sois perfectos en el último momento.

b) Preludios del fin

3 Porque en los últimos días se multiplicarán los falsos pro-
fetas y los corruptores y las ovejas se convertirán en lobos
y el amor se convertirá en odio.
4 Porque, creciendo la iniquidad, los hombres se aborrece-
rán los unos a los otros y se perseguirán y traicionarán, y
entonces aparecerá como hijo de Dios el extraviador del
mundo y realizará milagros y prodigios, y la tierra será
entregada en sus manos y cometerá crímenes cual no se
cometieron jamás desde los siglos.
5 Entonces, la creación de los hombres vendrá al abrasamien-
to de la prueba y muchos se escandalizarán y perecerán.
Mas los que permanecieron en su fe, se salvarán por el mis-
mo que fue maldecido.

La venida del Señor.

6 Y entonces aparecerán los signos de la verdad. Primera-
mente, el signo de la apertura del cielo; luego, el signo de
la voz de la trompeta, y, en tercer lugar, la resurrección de
los muertos.
7 No de todos, sin embargo, sino como se dijo: «*Vendrá el
Señor y todos los santos con él*».
8 Entonces verá el mundo al Señor que viene encima de las
nubes del cielo.